



EN BUSCA DE LA IGUALDAD

TEXTOS PARA LA ACCIÓN FEMINISTA

sof
SEMPREVIVA
ORGANIZAÇÃO
FEMINISTA



EN BUSCA DE LA IGUALDAD

TEXTOS PARA LA ACCIÓN FEMINISTA

sof
SEMPREVIVA
ORGANIZAÇÃO
FEMINISTA

En busca de la igualdad: textos para la acción feminista

Publicación de SOF – Sempreviva Organização Feminista

Organización y edición de los textos

Miriam Nobre, Nalu Faria y Renata Moreno

Traducción

María Fernanda Marcelino y Mauro Ramos

Proyecto gráfico y diagramación

Caco Bisol

Foto de tapa

Berimbau

Gabriela Machado

Acrílica sobre lino

200 x 175 cm

2011

foto: Mario Grisolli

Tirada

1.000 ejemplares

Impresión

Pigma

Apoyo para esta publicación

Fundación Heinrich Böll Cono Sur

Esta obra está bajo una Licencia  *Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional*

SOF Sempreviva Organização Feminista

Rua Ministro Costa e Silva, 36

Pinheiros – São Paulo/SP

CEP 05417-080

(11) 38193876

www.sof.org.br

sof@sof.org.br

São Paulo, diciembre de 2013

ÍNDICE

- 5** PRESENTACIÓN
- 9** LA FORMACIÓN COMO INSTRUMENTO
PARA LA CONSTRUCCIÓN
DE UN ABORDAJE ANTIPATRIARCAL
NALU FARIA
- 33** ECONOMÍA FEMINISTA:
UNA VISIÓN ANTISISTÉMICA
RENATA MORENO
- 57** LA PERSPECTIVA FEMINISTA
SOBRE LA SOBERANÍA ALIMENTARIA
MIRIAM NOBRE

PRESENTACIÓN

En su libro/panfleto “El feminismo es para todas y todos. Política Apasionada” la feminista afro-americana bell hooks dedica uno de sus capítulos a la formación feminista para una conciencia crítica. Allí, recuerda que el movimiento surgió de la teoría y de la práctica, que se fueron construyendo a la par. “Desde sus primeros momentos, la teoría feminista tenía como objetivo primordial, explicar a las mujeres y a los hombres cómo funcionaba el pensamiento machista/sexista y cómo podríamos enfrentarlo y transformarlo”.¹ El activismo feminista estimuló muchas personas a pensar de forma crítica, reflexionar sobre su experiencia, crear nuevos modelos de interacción social y de este modo, fue probando y reconstruyendo paradigmas.

Los aportes del feminismo van más allá de un análisis sobre el machismo, de porqué y cómo se estructura; lo cual por si solo ya sería una gran contribución. Pero al diseñar estrategias para enfrentarlo, el feminismo integra contenido y forma, aspectos colectivos e individuales, de una manera creativa y desafiante. Tanto es así, que en cada ejercicio de sistematización, nos preocupa el riesgo de perder la riqueza de los procesos, su dimensión histórica, y el protagonismo de los sujetos involucrados.

1. bell hooks: Feminism is for everybody. Passionate politics, South End Press, Cambridge, MA, 2000.

Cuanto más se amplía la percepción sobre las desigualdades de género como una injusticia, aumenta la demanda de orientaciones con respecto a por dónde empezar, cuáles son nuestras bases para la actuación, qué errores evitar. En algún momento proliferaron manuales, técnicas, procedimientos para incorporar género en la actuación de las organizaciones. Es necesario todavía realizar un balance, pero es posible notar ya que muchas veces esta “tecnología” del género despolitizó el debate, lo concentró en la mano de “especialistas”, o lo limitó a indicadores cuantitativos.

A la vez, no podemos sostener un argumento – por cierto elitista – de que solamente aquellas mujeres que vivieron determinada experiencia de formación con determinadas personas estarían aptas para desarrollar un abordaje feminista. Ampliar nuestro alcance e interlocución es un desafío para quiénes creemos que el Feminismo es para todas y todos.

Así, retomamos un antiguo desafío para la SOF: escribir sobre nuestra experiencia de formación y propuesta metodológica. Escribir los textos para este cuaderno nos hizo repasar nuestra trayectoria, revivir procesos de elaboración y aprendizajes con las prácticas desarrolladas, pero también concentrarnos en nuestras lagunas y en varios puntos que tenemos que seguir procesando.

En 1991, comenzamos a hacer cursos en los que la cuestión metodológica era parte del programa, como parte de nuestra propuesta de formar multiplicadoras. A mediados de los años 2000, realizamos un proceso de sistematización de nuestra experiencia de formación. La referencia fue la experiencia de Alforja, organización de educación popular de Costa Rica, bastante conocida en Brasil y en toda América Latina y Caribe. Esta propuesta consiste en recuperar una experiencia vivida y extraer de ella aprendizajes, y por lo tanto de apropiación y autovaloración de las prácticas en la perspectiva de construcción de conocimiento. En ese momento,

avanzamos mucho en la recuperación de nuestra experiencia, y definimos ejes de nuestra concepción metodológica de formación: 1) construcción de una conciencia feminista y movilización de las mujeres; 2) visión y práctica de transformación que trabaja el feminismo en organizaciones mixtas.

El enfoque en las organizaciones mixtas, en donde actúan mujeres y hombres, no era simplemente una respuesta a demandas. Era, y sigue siendo, consecuencia de una visión de transformación que se expresa en el lema circular de la Marcha Mundial de las Mujeres: “Cambiar el mundo para cambiar la vida de las mujeres para cambiar el mundo”. Esta visión también comporta una política de alianzas necesaria para construir un gran movimiento de movimientos, capaz de cambiar la correlación de fuerzas que sustentan el orden capitalista, colonialista, patriarcal y racista.

Compuesto por tres textos, este Cuaderno tiene como punto de partida esta experiencia de sistematización de la metodología de la SOF, presentada en “La formación como instrumento para la construcción de un abordaje antipatriarcal”, y su despliegue en dos principios caros para nosotras: la Economía Feminista y la Soberanía Alimentaria. El texto “Economía feminista: una visión antisistémica”, recupera el sentido de la economía feminista como herramienta que contribuye a organizar nuestra visión sobre el funcionamiento del capitalismo patriarcal, y su desarrollo como parte de la formación y acción feminista del campo en el que actúa la SOF. En “La perspectiva feminista sobre la soberanía alimentaria”, la resistencia a la sociedad de mercado y la lucha por alternativas, es reseñada a partir de las experiencias de las mujeres, sus alianzas y procesos de elaboración. Estas cuestiones dialogan tanto con las políticas públicas como con las luchas de los movimientos sociales y de izquierda, desafiando las concepciones androcéntricas y productivistas a que desplacen su eje hacia la sustentabilidad de la vida y la construcción de la igualdad.

Este cuaderno se sitúa en el trabajo realizado por la SOF con organizaciones que trabajan con la Fundación Heinrich Böll Cono Sur, para construir un abordaje de justicia de género en su actuación. Con ellas, aprendemos mucho para concretar el diálogo entre ecología y feminismo en propuestas de sustentabilidad ambiental y soberanía energética.

Nuestra trayectoria y voluntad de transformación son los instrumentos con los que contamos para enfrentar al patriarcado, en sus manifestaciones económicas, y las estructuras de pensamiento, en la reproducción de pre-conceptos y exclusiones. Compartimos con ustedes estos instrumentos para que sean utilizados, reinventados y difundidos. Y como sabemos que una de nuestras tareas es superar la dicotomía entre razón y emoción, compartimos los instrumentos para que inspiren y provoquen un que-hacer político crítico y apasionado.

Las siemprevivas

LA FORMACIÓN COMO INSTRUMENTO PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UN ABORDAJE ANTIPATRIARCAL

Nalu Faria

La experiencia de SOF en formación y asesoramiento para la incorporación de una perspectiva feminista fue, en un primer momento, resultado del trabajo desarrollado durante muchos años en salud de la mujer. En aquel entonces, durante la segunda mitad de la década de 1980, el movimiento feminista había logrado avances en la construcción de una visión de atención integral a la salud de la mujer en las políticas públicas. A partir de esto, varias organizaciones comenzaron a invertir en formación de gestores públicos como estrategia fundamental para garantizar el cambio en la atención a las mujeres. De este modo, la primera experiencia de SOF fue en formación de profesionales de la salud para transmitir su experiencia en salud de la mujer.

En la década de 1990, SOF amplió su intervención hacia un debate y acción feministas, tanto en abordajes temáticos como en el proceso de autoorganización de las mujeres. Esto significó desarrollar un trabajo de formación que abordó la globalidad de la agenda feminista, incluyendo además otros aspectos como trabajo, violencia, participación política, etc. Pero implicó también reconstruir una mirada sobre la historia del feminismo y reforzar el debate acerca de la autoorganización de las mujeres, reflexionando

sobre ese proceso a la interna de los movimientos sociales mixtos, en los cuales participaba un gran número de mujeres. En esta trayectoria, SOF se asoció y alió a varias organizaciones que actuaban junto a los movimientos sociales, como escuelas de formación política, el Instituto Cajamar, la Central Única de Trabajadores (CUT), y varios sindicatos.

Este recorrido se da simultáneamente a la victoria de los llamados gobiernos democráticos populares, en las elecciones a nivel municipal, principalmente del Partido de los Trabajadores. Como resultado del accionar de las mujeres organizadas en este campo político, estos gobiernos crearon organismos enfocados en la implementación de políticas para las mujeres. La experiencia anterior de SOF en salud de la mujer se amplió y abarcó la formación de gestores de varias secretarías municipales en implementación de políticas para las mujeres, articulando un debate más general sobre feminismo con las políticas públicas de trabajo, salud, educación y violencia.

Esta experiencia particular de SOF comienza a dialogar, todavía en los años 90, con un debate más general organizado por diversas instituciones, conocido como la incorporación de la perspectiva de género. SOF comenzó a ser demandada también por diversas ONG, en distintas modalidades de asesoramiento y consultoría para la incorporación de la perspectiva de género en sus trabajos.

Nuestra experiencia demuestra que es el proceso de autoorganización de las mujeres en las organizaciones y los movimientos sociales lo que plantea la necesidad de un debate en el conjunto de las organizaciones.

Este texto es un primer intento de organizar informaciones acerca de las herramientas desarrolladas desde SOF para la incorporación de una perspectiva de igualdad de género en las organizaciones mixtas. Evidentemente este proceso busca consolidar un compromiso a nivel institucional y entre sus miembros, con la despatriarcalización de la or-

ganización, lo cual implica la necesidad de acciones tanto a nivel interno de las organizaciones y sus relaciones, como en relación a cambios en sus intervenciones hacia fuera.

La formación constituyó el punto de partida para la actuación de SOF en espacios mixtos, y a partir de ella se fueron construyendo otros puntos de abordaje, como los instrumentos organizativos. En este sentido, consideramos importante socializar la forma en que estructuramos las actividades de formación, lo cual también constituye una base para el conjunto de nuestro accionar. Queremos socializarla no como guía, sino como una contribución para plasmar nuestra visión metodológica.

Del concepto de género al abordaje feminista

A fin de explicitar mejor nuestro abordaje metodológico, creemos útil presentar brevemente una reflexión sobre la utilización del concepto de género, y del momento en que éste surge dentro del feminismo.

En su artículo *Os usos do género* Beth Lobo (1991), afirma que el surgimiento de ese concepto se da a partir de los obstáculos en el debate feminista con respecto a los conceptos de patriarcado y de división sexual del trabajo, en un contexto en que los estudios tendían a buscar los orígenes de la opresión. Según ella, esto llevó “las investigadoras feministas a teorizar el género a través de incursiones en la antropología estructural y en el psicoanálisis, para analizar justamente el significado social de la masculinidad y de la femineidad”. En términos generales, el concepto de género se impuso por haber logrado consolidar la cuestión de la construcción social, y la contribución a la eliminación de las dicotomías, mostrando que el género atraviesa todo el campo social.

En América Latina, el artículo “El Género: una categoría útil para el análisis histórico” de Joan Scott (1995),

se volvió casi que el artículo fundante del concepto de género. Más que conceptualizar género, ella buscó allí demostrar que se trata de una categoría útil para el análisis de la historia. Discutió la relación entre la constitución del concepto de género, y su institucionalización en particular en las universidades, iniciada con los “estudios sobre mujeres”. Scott argumenta por un lado que el concepto de género trajo una mayor legitimidad, pero que por otro, ha desconsiderado el sujeto que estaba explícito en los estudios sobre mujeres. O sea, ha ganado legitimidad institucional, pero ha perdido la fuerza del sujeto. En los años 90, hay una fuerte incorporación de “género”, y se evalúa que hubo incluso una cierta banalización y pérdida de fuerza.

Es decir, la segunda ola del movimiento feminista iniciada en los años 60 tuvo un fuerte impacto en el conjunto del mundo occidental, cuestionó paradigmas y teorías que no abordaban la opresión de las mujeres. Esto fue así sobre todo debido a la fuerza del movimiento, y a la afirmación de las mujeres como sujeto político que no podía ser ignorado.

Este proceso de institucionalización del debate feminista se dio en un contexto de fortalecimiento de la derecha, que comenzó con la era Reagan y Margareth Thatcher, y con la emergencia del neoliberalismo, en donde se da un cuestionamiento a la radicalidad del feminismo, y la categoría género surge como algo menos conflictivo y amenazador.

Al ser incorporado por las agencias multilaterales, se dio una asimilación en la que muchas veces su status de categoría de análisis, condujo a un abordaje bastante técnico, haciendo parecer que se trataba de una cuestión de definir un instrumento para garantizar su incorporación en los estudios y acciones, a partir de la premisa de que es una categoría de análisis transversal. De esa forma, muchas veces se puso en

un segundo plano la cuestión fundamental, es decir, que la cuestión de género se trata de una relación de poder y por lo tanto de conflicto, y que está definida por una correlación de fuerzas.

En realidad, la incorporación de la perspectiva de género implicó todo un esfuerzo para realizar análisis, modelos operativos y capacitación de expertas en género y desarrollo, buscando lograr que esa cuestión fuera incorporada transversalmente en los proyectos y políticas. Eso fue llevado adelante por organismos multilaterales como UNIFEM, el Banco Mundial, y fue paulatinamente influenciando las agendas de ONG, movimientos sociales y gobiernos.

El balance crítico de este proceso, por su acento exclusivo en las herramientas y la “expertise”, tiene la importancia de reforzar el elemento sujeto político y la auto-organización de las mujeres como forma de enfrentar las relaciones de poder, sin dejar aislado el contexto histórico y la dimensión de clase y raza, que exigen políticas de transformaciones estructurales que operen simultáneamente sobre las dimensiones económicas, sociales y políticas.

La recomposición de un campo crítico del feminismo en América Latina y el Caribe, a partir de la resistencia al neoliberalismo, y de la retomada de una posición antisistémica contribuyó a redefinir las posiciones y visiones sobre la igualdad entre hombres y mujeres. Es decir, la experiencia de un sector del movimiento que se consolidó en un proceso de autoorganización y movilización de las mujeres tuvo un papel importante en esta evaluación del papel de las agencias multilaterales¹.

En este sentido, el accionar de SOF es orientado por la comprensión de que, al hablar de género y de la desigualdad entre hombres y mujeres, estamos hablando de una opresión patriarcal, y de que el feminismo es la principal herramienta para su superación.

1. Un análisis sobre este proceso fue presentado en “O feminismo latino-americano e caribenho: perspectivas diante do neoliberalismo”, de Nalu Faria, publicado en el Caderno Sempreviva “Desafios do livre mercado para o feminismo”. SOF, 2005.

La construcción de una perspectiva feminista en organizaciones mixtas

Las organizaciones mixtas sólo estarán comprometidas con la superación de la desigualdad entre hombres y mujeres si incorporan un análisis político y conceptual al respecto, ya que es nuestra visión de mundo la que orienta lo que queremos cambiar y construir.

Como elementos fundamentales para un análisis feminista articulado a la perspectiva anticapitalista destacamos que:

Es necesario desnaturalizar la división sexual del trabajo, como si se tratara de algo complementario entre hombres y mujeres. Para eso es importante problematizar la visión de familia como una unidad homogénea con ausencia de conflictos, representada por el varón como jefe. Eso incluye un abordaje acerca de la construcción social de esas relaciones y una ampliación del concepto de trabajo y de economía, que incorpore el trabajo doméstico y de cuidados, así como la desigualdad en el uso del tiempo, que es una categoría fundamental para pensar la igualdad de género. Es importante también comprender la producción y reproducción como parte de un único proceso.

El concepto de división sexual del trabajo parte de la comprensión de que hay una modalidad específica de división social del trabajo entre los sexos. Tiene como base el reconocimiento de que hay una enorme cantidad de trabajo realizado por las mujeres que no es considerado. La naturalización de ese proceso deposita, como parte del destino biológico de las mujeres, la responsabilidad por el trabajo doméstico y de cuidados, que se consideran vinculados a la maternidad. Según Danièle Kergoat, los hombres son designados prioritariamente a la esfera productiva, mientras las mujeres lo son a la esfera reproductiva, habiendo al mismo tiempo, un acaparamiento de parte de los hombres de

las actividades de mayor valor agregado. Esta idea permite abordar la relación entre producción y reproducción, explica la simultaneidad de las mujeres en los trabajos productivo y reproductivo y su explotación diferenciada en el mundo productivo y en el trabajo remunerado. Más aún, tuvo el mérito de visibilizar la enorme cantidad de trabajo que no es reconocida como tal, y siempre es invisible. En consecuencia, ese abordaje ha ampliado el concepto de trabajo establecido en la sociedad capitalista, para ir más allá del análisis del trabajo considerado productivo y que puede ser vendido en el mercado.

La división sexual del trabajo constituye la base material sobre la cual se organiza una relación social específica entre hombres y mujeres, antagonica y jerárquica. De ahí, resultan prácticas sociales distintas que atraviesan todo el campo social. Es decir, se trata de una sociedad sexuada, estructurada transversalmente por las relaciones de género (Kergoat, 2003).

El capitalismo acentuó la separación entre esfera pública y privada. Correspondiendo la primera al político/la producción/la cultura/el trabajo/el hombre, y la segunda a lo personal/la reproducción/la naturaleza/el afecto/la mujer. La crítica feminista sostiene que esa dicotomía es falsa y que es sostén de un discurso legitimador de una sociedad androcéntrica, centrada en la experiencia masculina. Mediante esta dicotomía se considera a la maternidad como el lugar principal de las mujeres; se naturaliza así la división sexual del trabajo y, por lo tanto, la opresión de las mujeres. Esa es una dimensión que organiza el conjunto de la sociedad, de las políticas, del espacio. Eso no cambia mucho cuando las mujeres se enfrentan al trabajo remunerado o la política.

En el proceso de construcción de la perspectiva feminista en las organizaciones mixtas es necesario tener en cuenta la dimensión patriarcal como estructurante del conjunto de las relaciones sociales, y fortalecer la identidad de las muje-

res como sujetos con poder de decisión. El fortalecimiento de la autonomía personal, económica y política, incluye el rescate y la construcción de la autoestima. Una temática que es siempre difícil de manejar cuando se trabajan las relaciones de género en organizaciones mixtas, es el debate sobre la opresión sobre el cuerpo de las mujeres: los temas de violencia, sexualidad, aborto y todas aquellas vinculadas a la salud, medicalización y mercantilización. En general, estas cuestiones todavía siguen apareciendo como temas no políticos o que deben ser tratados aparte, como temas de mujeres o de las organizaciones feministas. Un primer desafío tiene que ver con cómo integrar esas dimensiones como parte de un análisis sistémico, que abarque las interrelaciones del conjunto de procesos presentes en las relaciones sociales. El otro, es el de comprender que estos temas están presentes en la cotidianidad de la vida de las mujeres, y tensionan su proceso de participación política o cualquier otro.

Además, al tratarse de organizaciones de accionar político, es necesario tener en cuenta que las estructuras son masculinizadas, lo cual crea barreras y obstáculos para la participación plena de las mujeres, especialmente desde la perspectiva feminista, en los procesos de decisión y de poder.

Otra cuestión importante a considerar es que, en donde hay mujeres participando, en general hay mujeres que son víctimas de violencia doméstica y sexual en casa. Además, es muy común el acoso sexual en los espacios públicos, la descalificación de los aportes políticos de las mujeres, etc. Por eso, hay que estar atentas a la necesidad de realizar actividades de formación específica con las mujeres, así como incorporar esos temas en los debates generales de la organización. Esto presupone que estas cuestiones estén incorporadas en las actividades de formación, en los instrumentos de información y comunicación, así como también deben ser consideradas como temas políticos, y no solamente como problemas personales y privados.

Instrumentos: la centralidad de la formación

Desde nuestra experiencia percibimos que en general en las ONG, el proceso de enfrentamiento a las desigualdades de género comienza con una actividad de formación o con algún programa específico, aunque las motivaciones para este comienzo sean de las más variadas. En los movimientos sociales existe también una diversidad de situaciones, pero en general, el punto de partida es alguna problemática concreta vivida por las mujeres del movimiento. La formación siempre aparece como una necesidad para ampliar el nivel de conciencia, de conocimiento, para aportar a la elaboración de plataformas políticas, fortalecer la construcción de liderazgos, o ofrecer herramientas para la acción.

Al decir que la formación es una herramienta fundamental para la incorporación de la igualdad de género en el accionar de las organizaciones, no nos estamos refiriendo solamente a la necesidad de contar con más informaciones sobre la realidad, datos o conceptos teóricos. Nos referimos a una determinada metodología de formación que contribuye a analizar, reflexionar y concientizar sobre la particularidad de la dimensión patriarcal y, por lo tanto del poder masculino y de la desigualdad de las mujeres. En lo que tiene que ver con este tema, mucho se habla de la necesidad de tener lentes para poder ver la dimensión patriarcal o de género. Hemos afirmado que desde la consolidación del capitalismo, y de lo que algunas feministas llaman patriarcado moderno, uno de los principales mecanismos utilizados por la ideología patriarcal es la naturalización de la desigualdad entre hombres y mujeres. Es decir, pareciera que ella es fruto de la naturaleza, que fuera esencial que hombres y mujeres sean distintos; se atribuye esa desigualdad a un desarrollo de la personalidad. Esa naturalización lleva a considerar que la maternidad es lo que define esa diferenciación, pero oculta que se trata de relaciones jerárquicas y de poder. En realidad, eso es el fruto de la

2. Así se denominan las más de dos mil comunidades descendientes de los *quilombos*, que marcaron un proceso de lucha y resistencia a la esclavitud en Brasil. Las comunidades *quilombolas* se autodefinen a partir de las relaciones con la tierra, el parentesco, el territorio, la ancestralidad, las tradiciones y prácticas culturales propias (N. del T.).

universalidad de lo masculino, y de las prácticas patriarcales que entrenan la mirada y la subjetividad, socializan a hombres y mujeres, haciendo que sean introyectados estereotipos. Así, existe toda una realidad que no aparece en los análisis, o cuando mucho aparece como un capítulo o ítem aparte. Siempre se sobrentiende que es normal que las mujeres sigan siendo, por ejemplo, responsables de la mayor parte del trabajo doméstico y de cuidados, que tengan salarios menores, que no se encuentren en igualdad en los cargos políticos.

Para ilustrar esta cuestión, recuperamos un trabajo de formación que SOF desarrolló con indígenas y *quilombolas*². Los técnicos antropólogos nos cuestionaban que existiera la división sexual del trabajo en las comunidades indígenas y *quilombolas*, afirmando por el contrario que lo que existía era una complementariedad en las tareas. Durante el curso, iniciamos el trabajo utilizando plastilina para representar la construcción del quilombo y de la comunidad indígena, en donde las y los participantes podían mostrar su percepción sobre cómo era la vida de hombres y mujeres, en dónde estaban y en qué trabajaban. Las mujeres fueron revelando la desigualdad en el trabajo, como por ejemplo, la mayor cantidad de trabajo que realizaban. Uno de los testimonios que causó impacto fue el de una de las mujeres que afirmó que, cuando ella y el marido volvían de trabajar en la huerta, ella tenía que ir a buscar hasta el agua para que él se pudiera bañar. De este modo, a partir de la experiencia de las mujeres, fue posible revelar que el discurso de la complementariedad que naturaliza la división sexual del trabajo, contribuye a mantener la desigualdad.

Es subyacente la idea de que sería un caos si esa organización del trabajo cotidiano de reproducción de la vida fuera distinta, por la naturalización del lugar de las mujeres en la familia. Por más que haya una diversidad de situaciones, sigue existiendo un modelo que reglamenta las relaciones. Como mucho, nos podemos encontrar con la idea de que

las mujeres pueden ampliar sus prácticas y relaciones, siempre y cuando no dejen a un lado “sus” tareas familiares.

En la elección de un método de trabajo, entre hacer de un modo u otro, están presentes los principios y presupuestos que tienen que ver con cómo vemos y actuamos en este mundo; con qué es lo que se quiere transformar, o lo que se quiere dejar como está. Eso va a determinar qué contenidos serán desarrollados y qué técnicas o dinámicas serán utilizadas.

Para una formación feminista es imprescindible considerar qué es el patriarcado y cómo se retroalimenta y funciona de forma integrada con el capitalismo, el racismo, la heteronormatividad y el colonialismo, además del abordaje conceptual desarrollado arriba.

Una cuestión fundamental a enfrentar, tiene que ver con cómo esa cultura androcéntrica socializa hombres y mujeres, y estructura la subjetividad, la forma de pensar, de sentir, las habilidades, los valores, estereotipos y preconceptos: los hombres como superiores, fuertes e independientes, y las mujeres como inferiores, frágiles, dependientes. Esto es un elemento preponderante para que, en general los hombres se resistan a comprender los análisis feministas, ya que siempre van a tocar la necesidad no sólo de modificar valores y prácticas, sino sobre todo, de cambiar una relación de poder jerárquica. Por esto, lo ideal es que la formación busque trabajar sobre los estereotipos, deconstruir los preconceptos y, al mismo tiempo, romper con las falsas dicotomías entre público y privado, razón y emoción, producción y reproducción, cultura y naturaleza, que son estructurantes de las representaciones de masculino y femenino.

Cambios necesarios en la política de las organizaciones

Actuar para la incorporación de una política de igualdad entre hombres y mujeres, no tiene que ver únicamen-

te con tener técnicas o instrumentos de planeamiento. Se trata de una cuestión política que involucra relaciones de poder. Cambiar trae aparejados conflictos, e implica que haya una adhesión a la propuesta. La experiencia de SOF ha mostrado que son varios los caminos recorridos por las organizaciones. En algunos casos, se obtuvo resultados a partir de la contratación de una persona para priorizar el tema. En general, todas relatan la importancia de la formación permanente del equipo para garantizar la profundización del análisis, pero también se destaca la importancia de incorporar momentos para evaluar los pasos dados, y reflexionar para elaborar propuestas.

Lo que no parece funcionar es el intento de transversalizar la perspectiva de género como paso inicial para este proceso. En muchas ONG tener un programa específico o un proyecto por el cual comenzar el trabajo con este tema, contribuye a ir llevando el debate y la comprensión del tema al conjunto de la organización.

En muchas experiencias, un elemento determinante es que exista un grupo de mujeres en la región, o comunidad en donde la organización actúa. Eso refuerza la importancia de la constitución de las mujeres como sujetos, y de la constitución de grupos o estructuras de autoorganización. Esto también es confirmado por la experiencia de mujeres en movimientos mixtos.

La existencia de relaciones de cooperación y proximidad con organizaciones del movimiento de mujeres también se señala como algo que contribuye con este proceso. Esto refuerza la visión de que el feminismo (o ¿el enfrentamiento al patriarcado?) es una cuestión política, y que los cambios involucran nuevas prácticas.

Desde el punto de vista de la experiencia de SOF, como parte integrante de la Marcha Mundial de las Mujeres, comprendemos que los espacios de alianza de las organizaciones mixtas con el movimiento feminista son determinantes para

esa incorporación de la igualdad de género. Principalmente en la medida en que mujeres de esas organizaciones mixtas se incorporan al movimiento feminista y, en el caso de los movimientos, construyen sus propios espacios de autoorganización. El hecho es que la fuerza de la organización de las mujeres contagia a los otros sectores y otras organizaciones. Pero esto puede terminar siendo algo difuso, si en esas organizaciones no hay esfuerzo ni acciones planificadas.

Despatriarcalización de la organización

Algunos elementos aparecen rápidamente como indicadores del avance en la construcción de políticas de igualdad a nivel institucional: la composición del equipo o dirección, los cargos que las mujeres ocupan, su incorporación en las plataformas de acción política y su incidencia en intervenciones públicas.

El objetivo de constituir la igualdad como un eje verdaderamente transversal, en el sentido de involucrar al conjunto del equipo y cambiar la dinámica interna, implica un proceso largo y exige el desarrollo de acciones y debates para incorporar propuestas concretas para revertir la desigualdad de las mujeres. Este objetivo también exige el desarrollo de relaciones y articulación con organizaciones del movimiento de mujeres, además del proceso de fortalecimiento de autoorganización de las mujeres, sobre todo en los movimientos sociales.

Garantizar la introducción de la perspectiva de igualdad de género, dentro de los temas de la organización considerados generales, es un gran desafío. No se trata de la idea de que existe una agenda general y una agenda específica de mujeres, sino de la comprensión de que es necesario construir una agenda de cambios para el fin de la desigualdad. Una agenda, que al incorporar la categoría de género, permita resignificar y reconceptualizar varios aspectos de su aná-

lisis e intervención, justamente para asimilar la experiencia, percepción y prácticas de las mujeres históricamente invisibilizadas. Por ejemplo, es necesario entender que el concepto de trabajo hegemónico desconoce el trabajo reproductivo y de cuidados como trabajo, y que por lo tanto eso contamina todo el análisis de la realidad. Ampliar el concepto de trabajo nos lleva a otra comprensión de lo que son las demandas por la igualdad.

Pero el cambio más difícil de concretar es el de lograr tener una visión crítica de las prácticas y discursos que permita romper con la norma androcéntrica, y que incluya la percepción de las mujeres en la organización, en el movimiento y en la sociedad, garantizando que se incorpore una visión igualitaria. Una mirada que permita, por lo tanto, que las prácticas patriarcales sean transformadas, y que lo masculino deje de ser considerado lo universal. Esto implica también superar las incoherencias entre la vida pública y la personal.

Elementos que definen la metodología de formación de SOF

La metodología de formación tradicional parte del principio de que los individuos se deben adaptar a la situación, y de que el conocimiento y el poder están concentrados en quien coordina la actividad. La metodología de la educación popular, de carácter feminista, cuestiona las relaciones de poder establecidas, propone nuevas formas de ver, estar y actuar en el mundo, buscando cambiarlo. En términos generales, la metodología de formación de SOF se orienta por:

1) La construcción colectiva del conocimiento

El punto de partida es la realidad de cada una y cada uno, valorizando el conocimiento, las percepciones y las preguntas que traen al grupo. Eso hace con que el primer momento de toda actividad sea el relevamiento de las ex-

perencias de cada participante, es decir, percibir cómo es la vivencia de cada una y su percepción sobre el tema, incluso a nivel subjetivo. Consideramos que no existe un conocimiento o análisis objetivo separado de la relación que tiene cada uno con el tema. Toda la información que recibimos es asimilada y comprendida en función de cómo nos sentimos con respecto al tema, y también del momento en que estamos viviendo. Incluso, parte del proceso de formación tiene que ver con la necesidad de autoconocimiento para poder entender cada vez más la relación que tenemos con lo que estamos discutiendo o estudiando. A eso le llamamos incorporar la subjetividad como base para la integralidad del conocimiento, algo que rompe con la falsa dicotomía entre razón y emoción. Esta incorporación también es necesaria para trabajar y deconstruir los estereotipos, tabúes y preconceptos, algo fundamental en el debate sobre patriarcado y las prácticas que este sistema organiza.

En los procesos de formación, siempre planteamos como algo fundamental la necesidad de tratar la realidad del grupo en un contexto más general, para que esté presente la percepción de que estamos bajo un sistema, un modelo. En el feminismo, esto se plantea como la necesidad de que las cuestiones no sean tratadas de forma fragmentada, o como problemas individuales de las mujeres. Por más que sea importante visibilizar las experiencias y los problemas vividos por las mujeres, se trata de reflexionar sobre las relaciones sociales que atraviesan el total de la sociedad, estructurando un sistema de dominación. Los grupos de autoconsciencia desarrollados por el feminismo en los años 60 y 70, en donde las mujeres contaban sus experiencias de vida, fueron determinantes para que ellas entendieran que sus vivencias eran comunes, fruto de determinaciones sociales y no de problemas individuales y de cada una, como parecía ser. Este elemento sigue teniendo actualidad en el debate sobre la desigualdad de las muje-

res, justamente porque sigue vigente el mecanismo de naturalización que “biologiza” y “esencializa” esas relaciones de poder y jerarquía.

Esos elementos son fundamentales para romper con la jerarquía en los procesos de formación, en donde hay una persona que enseña y otras que aprenden. Esto constituye la base para organizar la formación de forma horizontal y participativa. En este sentido, partir de la experiencia del grupo y de su conocimiento, permite que se puedan construir colectivamente las preguntas, pero también las respuestas.

Esta metodología está basada en la visión de que los grupos se constituyen en un proceso de formación, y de que no son apenas una sumatoria de individuos. Eso nos lleva a considerar la importancia de centrar la atención en el grupo y en sus relaciones. Y el grupo va a trabajar bien si es capaz de construir vínculos afectivos y de confianza. Eso tiene que ser parte de la planificación de cada actividad de formación, así como ser incorporado en la reflexión sobre el proceso en curso.

Actuar teniendo en cuenta el grupo y las relaciones que se establecen, es fundamental para desarrollar la visión de integralidad, que es otro aspecto de la formación. Es decir, la actividad de formación no es únicamente un espacio para asimilar conceptos teóricos, sino un proceso que implica la construcción de varias habilidades necesarias para el accionar de cada persona. Esto va desde el desarrollo de la capacidad de empatía, de la espontaneidad, hasta la comunicación. Son todas ellas habilidades que favorecen las relaciones humanas y el trabajo colectivo.

2) Incorporar el debate y la reflexión sobre la práctica

Destacamos la importancia de que esté presente el debate sobre la práctica en dos sentidos: El primero tiene que ver con qué tipo de prácticas debemos construir para lograr

tener coherencia entre el análisis de la realidad y lo que se quiere transformar. De esa forma es importante tener momentos para trabajar el papel de cada una y cada uno, ya sea como educadora, lideresa, gestora, asesora etc. Para esto, una intervención que posibilite ampliar el autoconocimiento puede contribuir significativamente a la deconstrucción de estereotipos y preconcepos. Uno de los elementos que consideramos importantes relacionado a esto, es justamente el de explotar el tema de los roles, en el sentido de desarrollar la espontaneidad y la capacidad que tiene cada una de ejercer con creatividad tales papeles. Eso parte de una consideración de que en nuestro proceso de socialización y formación de personalidad en la sociedad actual, somos compelidas/os a repetir y ritualizar comportamientos, en función de los valores dominantes y de la imposición de las reglas y normas vigentes. Ser capaces de ponernos en el lugar de otra persona es la base para la construcción de vínculos, y cuanto más espontánea sea esta persona, más creatividad podrá desarrollar. Seguramente además, tendrá más facilidad de expresarse y actuar colectivamente.

Otro elemento sobre el que se debe reflexionar es justamente la transformación de lo que pensamos durante la formación en propuestas de acción. No se trata de transmitir recetas, sino de crear un momento para que el grupo reflexione cómo llevará a su lugar de actuación, los temas trabajados en el proceso de formación.

3) El sentido de las dinámicas

En esa metodología, un componente importante son los instrumentos utilizados, a los que llamamos dinámicas de grupo. Creemos importante utilizar otros lenguajes además del habla, para facilitar la participación del conjunto, pero también para que haya representaciones, contribuir al desarrollo de algunas habilidades y para desarrollar la creatividad.

Las dinámicas utilizadas combinan un rico y diverso acervo acumulado en el ámbito de la educación popular con la utilización de otras expresiones y lenguajes plásticos, juegos dramáticos, trabajos corporales. Participar de algunas vivencias permite mirarse a una misma, ver lo que nos incomoda, develar posibilidades y tensiones desencadenadas a partir de las dinámicas, y repensar el propio quehacer formativo.

Se utilizan como instrumentos collages, dibujo, dramatización, construcción con chatarra y otros materiales. También es parte de todo trabajo la conciencia corporal a través de algunos ejercicios, así como la reflexión posterior a la vivencia. Más allá de las dimensiones presenciales, tradicionalmente en la formación popular e incluso escolar, consideramos fundamental actuar también sobre el sentir y la conciencia corporal.

4) Relacionamiento con otras prácticas

En nuestra experiencia hemos aprendido que el trabajo educativo y de formación fueron las bases para nuestra visión metodológica. Es decir, la incorporación de esa metodología que comienza a partir de la formación, se transformó en un instrumento que orienta el conjunto de nuestras prácticas y miradas. Esta herramienta se expresa en la forma en cómo organizamos las publicaciones, las actividades de asesoramiento, la articulación y la construcción de procesos de movilización.

En las publicaciones, por ejemplo, buscamos una lectura fácil con lenguaje directo y cuidados en la edición. Las mujeres son protagonistas en los textos e imágenes. Los contenidos organizan conceptos básicos y actualizados en el contexto, siendo muy utilizados por formadoras y activistas en su accionar. En las actividades de asesoramiento, el punto de partida es la realidad concreta a enfrentar, en la forma en que es presentada por el grupo. En los procesos de articu-

lación, el fortalecimiento de los sujetos y la atención con el grupo se expresan en la horizontalidad del funcionamiento, en el compartir decisiones, en la construcción permanente de conocimiento, análisis y propuestas.

Estructura de una actividad de formación

Los cursos de formación feministas son las actividades en donde podemos desarrollar integralmente la dinámica que consideramos adecuada. Pero en las actividades de debates o talleres de un solo día, buscamos preservar los elementos que consideramos necesarios, aún cuando no es posible desarrollar todo lo previsto, especialmente por los límites de tiempo.

Optamos por la siguiente propuesta de estructura, por la influencia del psicodrama en actividades de formación y asesoría: calentamiento, desarrollo del tema y evaluación.

Empezamos con un **calentamiento** que puede ser específico o indeterminado. Es específico cuando busca introducir el contenido que será trabajado. El calentamiento tiene como función general eliminar el campo tenso, como se lo denomina en el psicodrama. Es decir, atraer las personas hacia la actividad. Cada uno y cada una llegan al grupo trayendo los elementos, pensamientos y sensaciones de situaciones anteriores. Lo que se busca con el calentamiento es que se sitúen y se concentren en la actividad. Además, permite que la persona se auto reconozca y reconozca los y las otras. En el caso de un primer día de una asesoría o actividad de formación, buscamos una dinámica de presentación y relevamiento de expectativas que pueda cumplir con ese papel. Solamente después de ese momento presentamos el programa, a la SOF y a nosotras mismas. Consideramos que esto es extremadamente importante, es decir, lo primordial es que el grupo se exprese y se involucre en la formación.

Al inicio de los años 90 introdujimos la idea de que en el calentamiento de los cursos de formación (u otras actividades), deberíamos priorizar un abordaje corporal. También consideramos importante idear una secuencia que permitiera trabajar desde la relación de la persona con el propio cuerpo hasta la relación entre las personas. Esto quiere decir, por ejemplo, que nunca comenzamos por una actividad de masaje entre dos personas o en grupo, y sí primero por un auto masaje. Más aún, es necesario evaluar si hay que comenzar por un auto masaje o por otro tipo de actividad (detallaremos esto en la parte sobre abordaje corporal y papel de la coordinación).

Desarrollo del tema: siempre comenzamos con una dinámica con el objetivo de que surja el tema, es decir, se busca la percepción del grupo sobre el tema y también su conocimiento anterior. En general, utilizamos técnicas llamadas proyectivas, que ayudan a percibir la dinámica del grupo, las representaciones y resistencias, así como la dimensión subjetiva. Cuando el grupo termina la presentación, antes de entrar en el debate de contenido, preguntamos cómo se sintieron al realizar tal dinámica. El sentido de esta pregunta es comenzar lo que en psicodrama se llama procesamiento, que es profundizar en los sentimientos, estereotipos, posibles conflictos y resistencias. Por eso es importante disponer de tiempo para este momento. Todavía como parte de ese momento, se abre un espacio para comentarios sobre el contenido: qué surgió de parecido y de distinto entre los grupos o personas, y las opiniones y dudas en general.

En seguida, se realiza una sistematización a partir de una exposición que dialoga con los contenidos expuestos por el grupo, a partir de las dinámicas. Se abre una rueda más de preguntas, y luego se realiza el cierre.

Por último, utilizamos una dinámica para la **evaluación**, en donde una vez más preguntamos cómo se sintieron realizando la dinámica, para luego discutir los contenidos.

La utilización de los juegos dramáticos es muy importante para que el grupo pueda hacer uso de otros lenguajes además del oral, y contribuye a percibir las proyecciones; además, explora lo lúdico, y constituye un aporte para el ejercicio de la creatividad.

Papel de la formadora

La formadora es la facilitadora de procesos. En este caso, de un proceso de transformación de las relaciones desiguales entre los géneros. Es necesario entrenar para escuchar lo que el grupo plantea, partiendo de las necesidades de las personas, respetando sus conocimientos y creyendo en que ellas son sujetos de la transformación. Respetar los conocimientos no significa aceptarlos, sino procesarlos con nuevas informaciones con miras a deconstruir preconceptos y construir justicia.

Como formadoras no podemos desconocer que estamos en otra posición, que tenemos la propuesta de los contenidos, la responsabilidad última de asegurar el cumplimiento de los objetivos de la actividad, el control del tiempo y de la dinámica del grupo. Pero el desafío es facilitar los procesos, presentar nuestros aportes teóricos, y no encumbrarnos en el lugar del que posee el conocimiento. La conciencia de lo momentáneo que tiene ese lugar, permite lidiar con esa posición de poder y enfrentar por ejemplo, el sentimiento de omnipotencia que nos genera un temor a equivocarnos. La tensión provocada por el miedo limita nuestra capacidad de prestar atención al grupo. La preocupación debe estar en no reproducir relaciones de poder paternalistas o asistencialistas, y en contribuir para la construcción de la autonomía del grupo.

Por esta razón, la forma en cómo conducimos la actividad de formación para algunas personas, a simple vista, parece ser naturalizada, como si no hubiera decisiones polí-

ticas en lo que estamos haciendo. Ocurre lo mismo con las habilidades construidas por las mujeres en su socialización de género, que son naturalizadas y desvaloradas.

Cuando describimos la metodología, las elecciones del proceso se van develando, valorando y haciéndose accesible a las personas. Esto es importante porque combate la sensación que muchas personas tienen de que no podrán conducir una actividad de formación, ya que no son como las formadoras que actúan hace bastante tiempo.

Una característica importante en la formación es la generosidad de las personas. Lo que sabe cada una, lo vuelca al círculo; lo que una está leyendo, lo vuelca al círculo. Llevamos las ideas y los conocimientos para todas, lo traducimos, producimos síntesis y difundimos lo que acumulamos.

Se trata también de una forma de contraponernos a la privatización del conocimiento y a la competitividad en torno a las ideas, que es lo que se vive en otros campos de la sociedad, particularmente el espacio académico.

La formación es un proceso que tiene sus tiempos. Durante un curso, las participantes simbolizaron la formación con una fruta: según ellas, toda la tecnología que pueda ser utilizada, nunca podrá anular el tiempo que ella necesita para crecer. La formadora debe tener tranquilidad para sentir cuál es el tiempo del grupo y cómo se desarrolla el proceso.

Autoformación y multiplicadoras

El equipo de formadoras de SOF se encuentra en constante aprendizaje, porque aprendemos cuando realizamos cada taller, y también aprendemos estudiando y actuando en los movimientos.

Lo ideal es cuando podemos preparar y evaluar las actividades de formación en equipo, o por lo menos de a dos. En el equipo conversamos, hacemos autoevaluación, presentamos qué dinámicas estamos usando y cómo se están im-

plementando. Se hacen preguntas, cuestionamientos, vinculaciones con otras actividades de formación que realizamos. Cuando evaluamos las actividades de formación, buscamos trabajar sobre el hecho de que, como formadoras, corremos el riesgo de caer en una situación cómoda, al recibir admiración por parte de las mujeres. Esto puede impedir trabajar sobre los aspectos conflictivos, de resistencia o de dependencia.

También es importante que participemos de los talleres sin estar en el papel de coordinación, para poder tener una mirada sobre nosotras mismas, para identificar cómo el tema tratado nos toca, qué nos incomoda, qué resistencias tenemos, qué deficiencias. También percibimos el grupo desde otro ángulo. Es mucho más fácil coordinar una dinámica si ya la hemos vivenciado.

Es difícil definir qué cualificaciones necesita una persona para ser una buena educadora popular. Es necesario atender al proceso del grupo. Tener la capacidad de percibir al otro, de no negar lo que el grupo está planteando, de estar atenta a las personas, pero también a la dinámica del grupo. Esto es importante no sólo en la actividad de formación, pero en cualquier espacio colectivo: en el trabajo, en la familia, en el movimiento. Es necesario estar siempre abierta al aprendizaje. Leer e informarse para hacer conexiones entre varias ideas de distintas fuentes. Estas cualificaciones se adquieren a través de ejercicios y reflexión.

Cuando realizamos actividades de formación de formadores, dedicamos un tiempo mayor a debatir cómo y porqué utilizamos una determinada dinámica, qué ideas surgieron, cómo las articulamos con otros elementos teóricos. Abrimos un espacio incluso para que las personas puedan vivenciar el taller, tratando de sacar la presión de pensar: “¿cómo lo voy a hacer?”.

Muchas veces las participantes están tan preocupadas en reproducir el debate de su grupo, que no logran entrar en el debate, y se dedican nomás a tomar notas. Buscamos traba-

jar con esta ansiedad, discutiendo en el grupo las siguientes cuestiones: “¿qué voy a hacer?”, “¿cómo será mi regreso?”, “¿Cómo voy a discutir estos temas en mi grupo?”.

Un paso necesario para que podamos ir más lejos, está en constituir un espacio de intercambio permanente entre las personas que trabajan con formación desde esta perspectiva de construcción de la igualdad entre hombres y mujeres.

Referencias bibliográficas

FARIA, Nalu. “Sexualidade e gênero: uma abordagem feminista”. En: FARIA, Nalu. *Sexualidade e gênero*. Cadernos Sempre-viva. SOF, São Paulo, 1998.

FARIA, Nalu. “Feminismo e transformação social”. En: SOF. *Perspectivas feministas para a igualdade e autonomia das mulheres*. SOF: São Paulo, 2012.

Informe del Taller de Interpretación Crítica del Proceso de Sistematización, asesorado por Mara Luz, 2005. (mimeo)

JARA, Oscar. *Para sistematizar experiencias*. Alforja: San José, 1994.

KEORGAT, Daniele. “Relações sociais de sexo e divisão sexual do trabalho”. En: Lopes, Marta Julia (y otras). *Gênero e Saúde*. Porto Alegre: Artes Médicas, 1996.

KEORGAT, Daniele. “Divisão sexual do trabalho e relações sociais de sexo”. En Emilio, M. y otras (org). *Trabalho e Cidadania Ativa para as Mulheres*. Coordenadoria Especial da Mulher/PMSP São Paulo. Dic. 2003.

LOBO, Elisabeth. “Os Usos do Gênero”. En: *A Classe Operária tem dois sexos*. Ed. Brasiliense: São Paulo. 1991

SCOTT, Joan. “Gênero: uma categoria útil de análise histórica”. *Educação & Realidade*. Porto Alegre, vol. 20, n. 2, jul./dic. 1995, pp. 71-99.

ECONOMÍA FEMINISTA: UNA VISIÓN ANTISISTÉMICA

Renata Moreno

El objetivo de transformar la economía a partir del feminismo nos plantea el desafío de construir análisis y posicionamientos frente al modelo económico como un todo. La economía feminista es una herramienta que contribuye a organizar nuestra visión sobre las transformaciones necesarias, teniendo a la igualdad como principio articulador de la sociedad que se pretende construir.

Debatir la economía, elaborar propuestas y articular acciones, pasa por deconstruir la visión de que la economía es algo separado de nuestra experiencia cotidiana de producción del vivir. La economía no es una relación entre números y fórmulas, sino una relación entre personas, que tiene que ver con nuestro trabajo y nuestra vida en el mundo público y también en el mundo privado. La economía feminista contribuye a una disputa sobre qué se entiende por economía, al dar visibilidad al conjunto de procesos necesarios para la producción del vivir. Contribuye también a una disputa entre los sujetos, que es reapropiada por los pueblos, y particularmente por las mujeres, y que no es únicamente un asunto de especialistas.

Las economistas feministas desarrollaron una crítica referente a la exclusión de las mujeres del objeto de estudio

de la teoría económica. Señalan que la supuesta neutralidad de categorías y conceptos de la economía han dado sustento a metodologías de análisis que no pueden 'ver' el comportamiento económico de las mujeres (Pujol, 1992). Además de las críticas a los paradigmas dominantes, la perspectiva feminista ha consolidado una nueva armazón teórica, buscando superar el androcentrismo que predomina en la teoría y en las políticas económicas. La economía feminista se presenta como una herramienta para el desarrollo de políticas públicas, sin tener el sesgo androcéntrico, y de esta forma, siendo también constructora de la perspectiva de la igualdad entre mujeres y hombres. Entendiendo a esto último como un componente estructurante de un nuevo modelo económico.

La teoría económica feminista no constituye un cuerpo teórico homogéneo. Es importante diferenciar la economía de género, de la economía feminista. La primera se orienta por la descripción y denuncia de la situación de desigualdad característica de la vida de las mujeres, en los marcos teóricos y metodológicos establecidos en la teoría económica dominante. Ante la comprensión de las desigualdades de género, la economía feminista va más allá de la incorporación de la categoría género en un marco teórico preestablecido y de reducirse a hacer una descripción de la situación de hombres y mujeres en la economía; propone un cambio tanto en el paradigma de pensamiento económico como, en tanto economía normativa, para el concreto de las relaciones sociales desiguales entre hombres y mujeres.

La economía feminista busca construir otro paradigma, incluyendo nuevas variables explicativas, metodologías e indicadores no androcéntricos. Así, propone una crítica global al paradigma dominante del pensamiento económico, con énfasis en la necesidad de superación de las estructuras dicotómicas que restringen la economía a las fronteras del mercado. La economía feminista lleva al debate teórico la

comprensión de que para cuestionar de veras la desigualdad, es necesario transformar las estructuras que la organizan.

Economía feminista en la trayectoria de la SOF

A partir de la relación con la Red Latinoamericana Mujeres Transformando la Economía (REMTE), y de los procesos de enfrentamiento a los acuerdos de libre comercio como el ALCA, SOF pasó a apropiarse de la economía feminista como herramienta de análisis. Como parte de la formación de la Red Economía y Feminismo (REF), SOF impulsó un grupo de reflexión para ampliar la comprensión teórica de la economía feminista entre militantes, que además estableció un diálogo con los debates nacionales sobre economía y desarrollo. Entre 2001 y 2003, este grupo realizó encuentros en los cuales se debatía la teoría económica feminista y la coyuntura económica brasileña. En el mismo período, SOF publicó dos ediciones de la *Coleção Cadernos Sempreviva, Economia feminista* (2002) y *A Produção do viver: ensaios de economia feminista* (2003), con textos de presentación de la economía feminista en diálogo con las principales cuestiones de este campo político.

Este proceso de apropiación colectiva de la economía feminista estuvo siempre vinculado a procesos políticos, como la articulación de las mujeres en la economía solidaria, el debate feminista en las prácticas agroecológicas y en las luchas por soberanía alimentaria, los debates sobre el modelo de desarrollo, y la crítica feminista a la sociedad de mercado.

El cuestionamiento de la economía capitalista a partir del feminismo tiene como uno de sus elementos centrales, la comprensión de la división sexual del trabajo como base material de la opresión de las mujeres que estructura el modelo actual.

La sociedad capitalista y patriarcal se organiza a partir de una división sexual del trabajo que separa y jerarquiza el

trabajo realizado por hombres y mujeres, atribuyendo un valor mayor a las actividades masculinas. El trabajo doméstico y el de cuidados, que garantizan la reproducción de la vida e involucran tareas como el cuidado de las personas, alimentación y limpieza, es atribuido a las mujeres, y el trabajo denominado productivo es atribuido a los hombres. En realidad, las mujeres concilian actividades productivas y reproductivas, ya que están simultáneamente en las dos esferas. El trabajo de reproducción es realizado por las mujeres en el ámbito doméstico con mucha dedicación de tiempo y energía, y de forma invisible. Y los hombres, como grupo social, no se responsabilizan por compartir este trabajo. A la división entre trabajo productivo y reproductivo corresponde una separación entre espacio público y privado, y entre las actividades mercantiles y no mercantiles. Las actividades que no pueden ser mercantilizadas son desvalorizadas y consideradas “no trabajo”.

Iluminar el terreno de la reproducción, poniendo el trabajo de las mujeres y la producción del vivir en el centro de la agenda política y económica, ha sido una estrategia para dar visibilidad a la interdependencia entre las esferas de producción y reproducción. El reconocimiento de esta interdependencia constituye una condición para que se construyan alternativas capaces de impulsar transformaciones en las relaciones entre hombres y mujeres, en el sentido de construir nuevas relaciones basadas en la igualdad. Al arrojar luz sobre la producción del vivir, poniendo la temática del trabajo doméstico en el centro de los debates feministas, esta perspectiva dialoga con los procesos de luchas conjuntas con los movimientos sociales.

Este fue el punto de partida para la elaboración política de SOF en el debate sobre infraestructura que se desarrolló, por ejemplo, como parte de las disputas por un proyecto de integración regional. En este debate, buscamos dar a conocer el hecho de que las estrategias de sobrevivencia asegu-

radadas por las mujeres desde distintos espacios, están constantemente amenazadas por los intereses económicos de las grandes empresas y del capital. Tales intereses no modifican las dinámicas de la división sexual del trabajo y, por el contrario, refuerzan las desigualdades en la medida en que grandes obras de infraestructura, como represas hidroeléctricas y carreteras, priorizan la circulación de capital y mercancías en detrimento de las condiciones de vida de las comunidades. El agua, la energía y la tierra para la producción de alimentos, y la biodiversidad son elementos que garantizan el sostén de la vida y son de interés de las mujeres, que son las primeras a sufrir con su escasez.

La noción de que la esfera de la producción es independiente de la esfera de la reproducción está basada en una dicotomía que el imaginario social construye, por el cual las personas nacen prontas para el mercado y son independientes. Como afirma Miriam Nobre (2002), para el imaginario producido por la economía clásica y neoclásica, es como si los individuos no hubieran sido niños y niñas, y no envejecieran, por lo cual no necesitan cuidados. Como si las personas llegaran a la edad adulta sin la necesidad de los trabajos de la “producción del vivir”. Esta falsa autonomía, oculta el trabajo de la reproducción, realizado mayoritariamente por las mujeres. Cristina Carrasco (2003) afirma que el mercado prevé cuando las personas tienen o deben tener su tiempo disponible para la producción. Paradojalmente, la reproducción construye la lógica del cuidado, que exige acompañamiento de los ciclos de la vida, desde la infancia hasta la vejez.

Críticas feministas a la economía

Dar visibilidad al trabajo doméstico y de cuidados es una cuestión central para la economía feminista, ya que la reproducción social depende de ese trabajo, realizado ma-

yoritariamente por las mujeres. Al ignorar esto, el análisis económico se vuelve sesgado, presentando un diagnóstico incompleto del funcionamiento del sistema económico, además de equivocarse al momento de evaluar la repercusión real de las políticas públicas.

Tanto la teoría como las políticas económicas son androcéntricas. Androcentrismo se refiere a las construcciones de nociones que toman la experiencia de los hombres como universales, es decir, cuando las experiencias de las mujeres son ocultadas o desconsideradas. Un ejemplo presente en el lenguaje, pero que termina reproduciéndose en distintas áreas del conocimiento, tiene que ver con el uso del término “hombre” para referirse al conjunto de los seres humanos. Una ciencia que se produzca naturalizando las experiencias de los “hombres” como si fueran universales, termina reproduciendo una visión sesgada del fenómeno que pretende demostrar y estudiar, ya que desconsidera que la humanidad es compuesta por hombres y mujeres, y que existen diferencias y desigualdades entre estos sujetos.

La perspectiva feminista asume como tarea la deconstrucción del sesgo androcéntrico, al demostrar que la estructura analítica de la economía identifica como económico solamente lo que tiene valor en dinero, lo que se realiza en la esfera del mercado, reproduciendo la división entre público y privado. Las experiencias consideradas económicas son aquellas que los sujetos productores de conocimiento consideran como tales. De este modo, el androcentrismo oculta y desconsidera en el análisis económico una gama de actividades realizadas en el ámbito privado y doméstico, especialmente por las mujeres, y de forma gratuita.

Por esto, la economía feminista insiste en la necesidad de expandir las fronteras de lo que se considera económico, incorporando un conjunto de actividades no monetarizadas y ampliando la noción de trabajo más allá de aquel que es remunerado, y que encuentra substitutos en el mercado. Por

último, las economistas feministas también buscan legitimar los motivos de las relaciones desiguales entre hombres y mujeres como objeto de estudio de la teoría económica.

Diane Elson y Nilufer Cagatay (2000), señalan que el androcentrismo es un rasgo de la política económica; las políticas de generación de empleo priorizan el empleo masculino, al mismo tiempo en que se implementan políticas sociales que llevan la implícita la “inactivación” de las mujeres en contextos de pobreza o de crisis económica. En momentos de crisis económica y desempleo, bienes y servicios vuelven a ser realizados al interior de los hogares. Tanto las investigadoras como el movimiento feminista revelaron esta semejanza en las realidades de América Latina, en el marco de las políticas de ajuste estructural, en la crisis asiática y, más recientemente, en la crisis que afecta Europa. De este modo, un aspecto importante a tener en cuenta entre las problematizaciones feministas frente a las políticas económicas, es la crítica a la suposición de que la generación de empleo sería suficiente para la mejora de las condiciones sociales.

La crítica feminista a la producción de estadísticas recorre este mismo camino, ya que las estadísticas son construcciones teóricas. Lo que miden o dejan de medir, es definido por lo que la visión teórica que orienta su elaboración, tiene por objetivo medir y analizar. Las estadísticas son útiles no solamente para los análisis teóricos, sino también para la orientación de las políticas públicas. Así, la producción de estadísticas que solamente consideren la experiencia masculina para su elaboración, producirá políticas públicas sesgadas, reproduciendo las desigualdades.

Al relacionar esta reflexión con la formulación y evaluación de políticas públicas para las mujeres, se plantea la necesidad de que las estadísticas e indicadores sean capaces de dar visibilidad a la articulación de dimensiones constitutivas de la desigualdad de género. En este sentido, la perspectiva feminista señala la necesidad de que se establez-

ca como objetivo la comprensión de la esfera de la reproducción, y su relación con la esfera de la producción. Las estadísticas deben poder lograr visibilizar la sobrecarga de trabajo de las mujeres y las consecuencias de compatibilizar producción y reproducción. Al mismo tiempo, también se hace necesario verificar si existen cambios en las configuraciones de la división sexual del trabajo, es decir, medir la participación de los hombres en la esfera de la reproducción. Además, esta reflexión pretende superar la dicotomía y antagonismo entre las distintas esferas de la producción y reproducción, comprendiendo su interdependencia. Esta es una dimensión importante para que la conquista de autonomía económica de las mujeres esté vinculada a la construcción de relaciones de igualdad.

Estos elementos, aliados al proceso de organización de las mujeres en el territorio, contribuyen a la formulación de políticas públicas dirigidas a las mujeres, que apuntan a la promoción de igualdad y autonomía, especialmente en lo que se refiere a mujeres rurales. Las guarderías, lavaderos y restaurantes colectivos responden a la necesidad de algunas realidades rurales, como en el caso de los asentamientos rurales de la reforma agraria. Sin embargo, todavía persiste el desafío de elaborar políticas públicas capaces de responder a la socialización del trabajo doméstico y del cuidado entre Estado, hombres y mujeres en las distintas realidades rurales brasileñas. De este modo, la producción de estadísticas e indicadores capaces de demostrar la magnitud y la complejidad de las dinámicas de la desigualdad, especialmente en lo que se refiere al tiempo y al trabajo, es una estrategia que contribuye para que las políticas sean efectivas en su objetivo de garantizar el bienestar y calidad de vida de todos los miembros de la comunidad.

La reflexión sobre estadísticas e indicadores no androcéntricos cuenta con el aporte de la propuesta elaborada por Cristina Carrasco, "*Estadísticas bajo sospecha: propuesta de*

nuevos indicadores con base en la experiencia de las mujeres”, traducida al portugués y publicada por la SOF. La realización de estudios de este tipo en el ámbito local, a partir de los movimientos sociales y del poder público, son caminos para avanzar en la comprensión de las desigualdades, y de esta manera avanzar en la construcción de políticas de igualdad entre hombres y mujeres.

Esta reflexión fue aplicada en el trabajo del Centro Feminista 8 de Março (CF8), organización que integra la REF y la Marcha Mundial de las Mujeres, con sede en Mossoró, en Rio Grande do Norte. En el trabajo con las mujeres rurales, ellas realizaron talleres para abordar el tema de la división sexual del trabajo, utilizando como dinámica la elaboración de un reloj para organizar las tareas de hombres y mujeres en un día. A esta dinámica le agregaron un cuadro en el que las mujeres dividían sus tareas, de acuerdo con los tiempos definidos por Cristina Carrasco: tiempo de trabajo de mercado (en el caso de las mujeres rurales esto se refiere al tiempo de producción de alimentos, siendo que la mayor parte de la producción de las mujeres es para autoconsumo), tiempo de trabajo de cuidados, tiempo de necesidades personales, tiempo de participación ciudadana, tiempo libre y de ocio. La suma final de los tiempos utilizados por las mujeres en cada categoría impactó mucho a las mujeres, en primer lugar, porque su día tenía más de 24 horas. Se percataron que muchas veces hacen dos cosas a la vez, como cuidar de las plantas mientras cocinan. Además, constataron que no hay tiempo exclusivo para el ocio, ya que mientras miran la telenovela, planchan la ropa o seleccionan los porotos para cocinar. Por último, quedó evidente que el tiempo menos contabilizado es el utilizado en sus propias necesidades. En este debate, el equipo del CF8 percibió diferencias entre las mujeres rurales que trabajan en la agricultura familiar y campesina para la subsistencia, y aquellas que tienen empleo remunerado. Mientras que las que están en la agricultura

familiar y campesina transitan continuamente entre la producción y los cuidados, las que están empleadas monitorean los cuidados desde sus locales de trabajo.

Además, para realizar su trabajo de Asistencia Técnica y Extensión Rural (ATER), en la región del “Sertão” de Apodi, el CF8 aplicó un diagnóstico con las mujeres agricultoras, con el objetivo de relevar sus demandas de producción, para orientar el trabajo de la asistencia técnica. Fueron introducidas cuestiones relacionadas al acceso al agua y la realización del trabajo doméstico, considerando su relación con la organización productiva de las mujeres. La cuestión referente al trabajo doméstico fue introducida a partir de la constatación de que una de las trabas para la ampliación de la producción de las mujeres, podría ser el gran número de horas dedicado a las responsabilidades con el trabajo doméstico. El diagnóstico, por lo tanto, tuvo como objetivo conocer las actividades productivas y reproductivas realizadas por las mujeres, así como también las demandas de asistencia técnica.

La reflexión sobre el diagnóstico permitió constatar que el trabajo doméstico tiene influencia sobre la cantidad y calidad del trabajo remunerado. Un elemento que resultó de la reflexión sobre los talleres y del diagnóstico, fue que el equipo del CF8 notó que el período de mayor ocupación de las mujeres es por la mañana, debido a que este turno concentra mucho el trabajo doméstico y de cuidados con los hijos. La mayor parte del trabajo del asesoramiento técnico se realizó en el período de la tarde, que es cuando las trabajadoras realizan actividades colectivas de producción. La excepción se dio cuando se intentó acompañar las tareas de las llamadas huertas productivas, realizadas por las mujeres por la mañana, o sobre el final de la tarde. Además, a través del diagnóstico se constató que las mujeres con hijos menores a 10 años, utilizan más tiempo del trabajo en cuidados, y eso interfiere en la esfera productiva, ya que ellas se encuentran insertas en

un menor número de cadenas productivas. Una alternativa encontrada por el equipo de ATER, fue la formación de un equipo de recreación, cuya base fuera el teatro, para actuar junto a las niñas y niños durante las actividades con mujeres. Esto contribuyó a la vez, a ampliar el debate sobre las guarderías entre las mujeres rurales; y este es un debate que sigue, ya que no hay conclusiones sobre cuál sería el modelo ideal de funcionamiento para guarderías en el medio rural.

La reflexión sobre la construcción de indicadores no androcéntricos también sirvió como referencia para la posición feminista en el debate sobre el plan director, en São Paulo. En este proceso de debate público sobre los rumbos de la ciudad, el documento presentado por la Marcha Mundial de las Mujeres contuvo una crítica a la lógica excluyente, que organiza la ciudad a partir de la experiencia masculina de vida y movilidad, lo que está relacionado al tipo de infraestructura disponible, organización de los espacios públicos, gestión de la ciudad y participación política.

El documento¹ partió de la constatación de que las mujeres son las principales preocupadas y responsables por el mantenimiento de la casa, por la preparación de la comida, por el cuidado de los niños, niñas y ancianos, y por la producción cotidiana del vivir de las personas que actúan en el espacio público de la ciudad. A la vez, son las más afectadas por la precariedad de los servicios públicos como salud, carencias de guarderías, asfaltado de calles, saneamiento básico, agua, alumbrado público, transporte y políticas de ocio y cultura, lo que genera una sobrecarga de trabajo para las mujeres. La reflexión sobre el uso del tiempo de las mujeres explicitó que si para el capitalismo tiempo es dinero, la experiencia de las mujeres en São Paulo demuestra que tiempo es trabajo, y en su gran mayoría sin remuneración.

Las mujeres ocupan la mayor parte de su tiempo dedicándose a los demás, sea en el trabajo de cuidados o en el trabajo de mercado, dentro y fuera de casa. Hace falta tiempo

1. *Mulheres na construção da cidade com qualidade de vida e participação popular*. Documento presentado por la Marcha Mundial de las Mujeres para la discusión sobre la revisión del Plan Director de São Paulo, en mayo de 2013.

para el ocio, para el estudio o para ocuparse de sí mismas. Pero la organización de la ciudad considera esto como un aspecto normal o natural. De este modo, cuando hacen falta guarderías, son las mujeres las que se responsabilizan por mantener el cuidado de niñas y niños, teniendo que compatibilizar esta tarea con su presencia en el mercado de trabajo. Las militantes destacaron la necesidad de que la planificación urbana considere las diferencias y desigualdades entre mujeres y hombres, y reflexionaron sobre la combinación entre las desigualdades de clase, raza y género. El documento afirma que las mujeres negras están en las regiones periféricas, en donde la infraestructura es más deficiente. Son distritos que lideran el ranking de espera para guarderías, así como son también las regiones que más concentran madres adolescentes.

Otro aspecto que se destaca en el documento de la Marcha Mundial de las Mujeres es la cuestión de la movilidad urbana, una de las principales áreas marcadas por los intereses privados, de la industria automovilística y de circulación de mercancías en la ciudad, ya que las inversiones en infraestructura están pensadas para el beneficio de los automóviles individuales o de la circulación de mercancías. La división sexual del trabajo también marca los desplazamientos diferenciados de mujeres y hombres. Ellas circulan más a pie, y son las que más utilizan el transporte colectivo. Las mujeres tienen que encargarse de tareas como llevar los hijos a la escuela o guardería, hacer y cargar con las compras, ir a los centros de salud, además de estudiar y trabajar. Los hombres concentran su desplazamiento prioritariamente de casa al trabajo y para el estudio. En este sentido, la falta de infraestructura y de equipamientos públicos en los barrios, la lógica del automóvil y las deficiencias del transporte público, generan más dificultades para la movilidad de las mujeres.

Estos dos ejemplos, de Río Grande de Norte y São Paulo, demuestran que comprender la complejidad de la satisfacción de las necesidades humanas y de las relaciones invo-

lucradas en este proceso es central para analizar y combatir las desigualdades entre hombres y mujeres que estructuran el sistema capitalista y patriarcal. Desde esta perspectiva, la economía feminista va más allá de una simple inclusión de género que no transforma la estructura de las desigualdades y permite construir una visión general basada en la igualdad y en la autonomía de las mujeres. Cuestiona los presupuestos androcéntricos sostenidos por la teoría económica hegemónica, y la organización social, económica y política. En esto, es donde reside el potencial político y el carácter transformador que la economía feminista presenta, al proponer transformaciones tanto en las elaboraciones teóricas como en las orientaciones de políticas públicas para cambiar la realidad de la desigualdad.

Ampliando la noción de trabajo

La apropiación de las herramientas analíticas de distintas disciplinas es un aporte para que las síntesis del movimiento de mujeres, permitan enfrentar los desafíos de las configuraciones actuales de la división sexual del trabajo. Es necesario atender a las dimensiones del trabajo remunerado y no remunerado, y establecer el vínculo entre el proceso de reproducción social de las personas y el proceso de producción de mercancías. Dar a conocer este vínculo es fundamental para que la teoría económica sea capaz de tener un análisis sobre el conjunto de procesos que sostienen el sistema actual. El análisis de la reproducción social no es necesario únicamente por el hecho de que es en esta esfera donde se reproduce la fuerza de trabajo para la producción capitalista, sino porque este conjunto de tareas cumple funciones centrales para garantizar el bienestar de la población en general.

Explicitar las dinámicas de la división sexual del trabajo y la interdependencia entre reproducción y producción, plantea la necesidad de tener una mirada ampliada sobre el

trabajo y las condiciones de vida, y también sobre los desafíos que permanecen presentes en el debate sobre el trabajo doméstico y de cuidados.

Uno de estos desafíos tiene que ver con la necesidad de considerar los cuidados necesarios para el conjunto de la población, y no solamente para las personas dependientes, ya sea por la edad (niños, niñas y ancianos), o por motivos de enfermedad. La teoría económica clásica, y el mercado, en términos generales, desconocen las necesidades humanas, al desconocer la historia, las relaciones y los cuerpos vulnerables de los individuos que actúan en el mercado. Al rescatar la dimensión de la vulnerabilidad de todos los hombres y mujeres que sobreviven en la sociedad capitalista, organizada con centralidad en el mercado de trabajo asalariado, la economía feminista contribuye a repositionar la urgencia de los análisis sobre la reproducción social.

El trabajo de cuidados abarca la dimensión material del trabajo doméstico, pero también destaca dimensiones que son afectivas y relacionales. Ampliar el concepto de trabajo, incorporando los cuidados, permite captar relaciones y procesos generados en torno a los cuidados, y no solamente el producto final de este trabajo (Pérez, 2006). En nuestra sociedad, atender a los cuidados implica considerar las consecuencias que acarrea la sobrecarga de trabajo impuesta a las mujeres en diversos ámbitos. Un ejemplo común es el de que, debido a las responsabilidades de las mujeres con el cuidado de los hijos, ellas buscan empleos de tiempo parcial y con mayor flexibilidad, elementos que están relacionados a la informalidad y la precarización. Estas son características del mercado de trabajo femenino. Por otra parte, el aumento de la participación femenina en el mercado de trabajo remunerado no fue acompañado por una reorganización del trabajo de cuidados, capaz de modificar la desigualdad entre hombres y mujeres en su realización. Por eso, las mujeres siguen teniendo su tiempo de cuidado personal, ocio

o sueño, impactado por una larga jornada total de trabajo² (remunerado y no remunerado), lo cual afecta su bienestar. Quienes se encuentran mejor posicionadas en el mercado de trabajo recurren a servicios ofrecidos por el mercado, o a la contratación de otras mujeres, aspectos que vuelven a reproducir desigualdades entre las propias mujeres. Para esta reflexión, nos apoyamos también en la definición de la consistencialidad de las relaciones de raza, clase y género, que nos permite elaborar análisis y propuestas políticas que incidan sobre el conjunto de las desigualdades que estructuran el actual sistema capitalista, patriarcal, racista y destructor de la naturaleza.

Esta cuestión adquiere todavía más relevancia, en el marco de la llamada “crisis de los cuidados”, provocada en países europeos, por ejemplo, por el envejecimiento de la población, por la disminución de la tasa de fertilidad, por la reducción de las políticas de bienestar, y por el crecimiento continuo de la participación femenina en el mercado de trabajo (Hirata y Guimarães, 2012). Estos elementos hacen patente una creciente dificultad de las mujeres en atender las demandas de cuidados, explicitando que la oferta de cuidados no es infinita. La crisis de los cuidados impulsó el aumento de flujos migratorios de mujeres de los países del sur hacia los países del norte, configurando las llamadas cadenas globales de cuidados (Pérez, 2007). Estas cadenas amplían la visibilidad de la cuestión de los cuidados, ya sea debido a la importancia económica de las remesas enviadas por estas trabajadoras a sus países de origen, ya sea debido al crecimiento de la xenofobia y la discriminación hacia a los migrantes en los últimos años en los países del norte.

Diane Elson (1994) destaca un aspecto importante para comprender la relación entre el trabajo doméstico y de cuidados, y la acumulación del capital. Según afirma: “la capacidad del dinero de movilizar la fuerza de trabajo a servicio del ‘trabajo productivo’ depende de que un conjunto de

2. La jornada promedio de trabajo remunerado de los hombres es aproximadamente siete horas mayor que la de las mujeres. Aún así, el tiempo total de trabajo (remunerado y no remunerado) de las mujeres es superior al de los hombres: 57 horas por semana para las mujeres y 53 horas semanales para los hombres (PNAD 2009).

relaciones sociales opere para movilizar la fuerza de trabajo a servicio del ‘trabajo reproductivo’”.

Los debates sobre el trabajo doméstico y de cuidados, buscaron inicialmente su reconocimiento como trabajo. Pero además de eso, cuando arrojamos luz sobre la esfera de la reproducción, permitimos que este trabajo sea valorado por sus propias características y por su importancia en el cuidado y bienestar de las personas (Carrasco, 2011). El trabajo doméstico y de cuidados es el núcleo de la reproducción social de las personas. Se puede complementar con otros trabajos, pero “la responsabilidad final de armonizar las demás formas de trabajo y/o absorber sus insuficiencias sigue recayendo sobre el trabajo familiar no remunerado” (Picchio, 1999).

Es importante considerar que el trabajo doméstico y de cuidados no tiene que ver con una disposición individual, sino con responsabilidades atribuidas a las personas en función de las relaciones sociales. Un ejemplo es la construcción social de la maternidad y la suposición de que las mujeres madres desempeñan actividades de cuidados, esencialmente motivadas por el sentimiento de amor. Esa suposición, profundamente vinculada a las relaciones sociales de sexo, desconoce el contenido económico y la propia característica de trabajo que los cuidados constituyen. Esta es incluso, una forma de perpetuar una organización social de los cuidados que mantiene las mujeres realizando una gran cantidad de trabajo necesario, aunque invisible.

Las beneficiadas y beneficiados por los cuidados no son solamente individuos dependientes, como niños y niñas, ancianos o enfermos, sino que también adultos. Los aspectos materiales y afectivos de los cuidados están necesariamente vinculados, y contribuyen con el mantenimiento y gestión cotidiana de la vida de todas las personas y no solamente de aquellas tradicionalmente consideradas dependientes. La idea de dependencia, construida socialmente en torno

a variables de edad y de salud, reduce el alcance y el papel económico y social de los cuidados, en la medida en que no capta la vulnerabilidad del conjunto de la población como una condición humana (Kittay, 1999).

Todas las personas son vulnerables y necesitan cuidados en algún momento de la vida, por lo que al mismo tiempo el conjunto de la población se configura como proveedor y beneficiario de los cuidados, aunque el lugar de proveedores sea ocupado mayoritariamente por una porción de la población: las mujeres. De esta manera, la noción de independencia como ideal individual necesita ser problematizada como mito. En contraposición, se plantea la noción de interdependencia, según la cual todas las personas son social y humanamente interdependientes y demandan, durante el trascurso de sus vidas, distintos cuidados emocionales, así como la satisfacción de necesidades materiales (Carrasco, 2011).

La dependencia no es una situación excepcional o individual, sino universal. Por lo tanto, la responsabilidad sobre los cuidados no debería ser ni privada ni individual, sino social y política. Eva Kittay afirma que “solamente en sociedades en las que los trabajos de cuidados no están determinados por sexo, género, raza o cualquier otra categoría social, puede tener sentido el ideal de igualdad o justicia social”.

Existen conflictos entre la lógica de los cuidados y la lógica del trabajo para el mercado. Según Cristina Carrasco, ese conflicto empezó a hacerse visible cuando las mujeres pasaron a realizar los dos trabajos y a vivir en su propio cuerpo la enorme tensión generada por la superposición de los tiempos, y el continuo desplazamiento de un espacio a otro. Cuando desplazamos la mirada sobre el lugar de realización de este trabajo (el ambiente doméstico), para enfocar el proceso del trabajo de cuidados, podemos trascender las fronteras del espacio privado, de la repro-

ducción y de lo que no se encuentra monetarizado, para explicitar que los cuidados son necesarios para el mantenimiento de la vida, así como de las actividades del mercado.

En la sociedad de mercado, se estableció una línea divisoria entre lo “económico” y lo “social”. El pensamiento neoliberal acentúa esta división, como si fuera posible que las políticas sociales y económicas siguieran caminos independientes. Mientras las políticas macroeconómicas son orientadas por los criterios de mercado y de eficiencia, la política social es utilizada como compensatoria. De este modo, políticas neoliberales en muchos países buscaron privatizar e incorporar al mercado áreas entendidas como sociales, por ejemplo salud, previsión social y educación.

El hecho de que la expresión “economía de cuidados” haya pasado a aparecer en el vocabulario de las agencias de las Naciones Unidas, puede ser una de las explicaciones para una mayor permeabilidad de este debate entre las elaboraciones de la política social, mientras que en los análisis económicos su alcance todavía es restringido. Pero, según afirma Esquivel (2011), “el riesgo que corremos al enfocarnos solamente en las políticas sociales, es el de dejar intacto (sin explicación y sin cuestionamiento), el proceso por el cual se realiza la actual distribución del ingreso, de los tiempos y de los recursos, antes que las políticas sociales sirvan para amenizar los efectos “colaterales” del funcionamiento económico”. Así, visualizar el espacio de la distribución es central, si lo que se pretende es alcanzar igualdad, y no solo bienestar a costa de la sobrecarga de trabajo de gran parte de la población.

Los términos de este conflicto distributivo se expresan en la tensión entre las condiciones de vida de quien provee los cuidados no remunerados, y las formas en cómo cada sociedad sostiene los costos de este cuidado, que la beneficia como un todo. Eso tiene que ver con la forma en cómo cada sociedad organiza la sustentabilidad de la vida

humana, y con cómo se da la distribución, entre Estado, mercado y familia, de la provisión de los cuidados que ella necesita. A su vez, la cantidad de trabajo de cuidados no remunerado que una sociedad tiene a disposición, también se relaciona con la forma en cómo hombres y mujeres están insertas en el mercado de trabajo.

Las reflexiones de las economistas feministas sobre la crisis de los cuidados ha contribuido para posicionar este tema en los debates generales sobre la crisis en los países europeos, en donde sus despliegues significaron mayor desempleo, recortes en los gastos públicos y sobrecarga de trabajo no remunerado para las mujeres. Ellas señalan la reorganización de los cuidados como central para la reorganización del sistema económico, desde una perspectiva que tiene en cuenta las relaciones y los procesos de producción del vivir, que permiten garantizar las condiciones de una vida que merece la pena ser vivida. Para eso, ni la economía ni el análisis económico pueden estar enfocados exclusivamente en los procesos del mercado. Necesitan trascender las dicotomías y fronteras entre reproducción y producción, equivalentes a lo no monetario y lo monetario, que son las que organizan el pensamiento económico.

La sustentabilidad de la vida – una apuesta política

La sustentabilidad de la vida es un concepto importante que, más que señalar la importancia de la esfera de la reproducción para el proceso de producción de mercancías, es capaz de desplazar el centro del análisis económico de los mercados hacia las personas, al substituir la lógica de la generación de lucro por la lógica del cuidado de la vida y de la satisfacción de las necesidades humanas como objetivo de la organización económica y social.

Además, es también una apuesta política capaz de analizar y visibilizar los procesos de producción del vivir, antes

que sus resultados sociales y económicos. Esta perspectiva nos permite ampliar la mirada sobre la complejidad de las relaciones entre hombres y mujeres, así como las formas en que la opresión se reproduce y reinventa. Al mismo tiempo, al recuperar la experiencia histórica de las mujeres en la producción del vivir, ya sea sobre el cuidado de las personas, o sobre la relación armoniosa con la naturaleza, vuelve a poner en el horizonte la posibilidad de una reorganización de la sociedad centrada en la satisfacción de las necesidades de hombres y mujeres, lo que presupone relaciones de igualdad, libertad y autonomía.

No se trata de establecer un discurso de sobrevivencia, sino de ampliar el análisis hacia un proceso que signifique desarrollar condiciones y calidad de vida aceptables para toda la población, explicitando el conjunto de las actividades económicas como procesos sociales interdependientes. En la experiencia de las mujeres, trabajo y vida están profundamente interconectados, ya que es mediante el trabajo que se crean las condiciones adecuadas para el desarrollo de la vida.

Ese cambio de perspectiva tiene como objetivo analizar las formas en que cada sociedad resuelve sus problemas para sostener la vida, a partir de comprender los procesos que garantizan la producción del vivir, como algo inherentemente social. De esta forma, las relaciones sociales, como relaciones dinámicas de poder y conflicto, adquieren relevancia en el análisis. La economía deja de ser un conjunto de números externos a nuestra experiencia cotidiana, para ser parte de las relaciones sociales y de la vida de las personas.

Reflexionar sobre la sustentabilidad de la vida implica visibilizar las necesidades que necesitan ser satisfechas, para garantizar las condiciones para una vida digna. Pero no se trata solamente de necesidades determinadas biológicamente. En el caso de las sociedades occidentales en don-

de el mercado predomina, es evidente que los mercados son agentes activos en la creación de necesidades, ya que el proceso productivo crea nuevas necesidades humanas. Así, las personas trabajan cada vez más para tener mayores rendimientos y ampliar su capacidad de consumo. En este modelo, las necesidades que no se satisfacen mediante el consumo en el mercado y que predominan en las esferas no monetarizadas, se hacen invisibles, de la misma manera que el trabajo necesario para su satisfacción.

El principio de esta propuesta es por lo tanto, analizar el sistema capitalista a partir de su incapacidad para resolver las tensiones que emergen en la vida cotidiana, en el proceso de interrelación entre la producción y circulación de mercancías, la producción de las condiciones de vida y subsistencia de la población, y la utilización y agotamiento de la naturaleza. Al contrario de lo que el pensamiento dominante insiste en afirmar, tales esferas están interconectadas estrechamente, con distintos grados de dependencia entre ellas.

De este modo, se revela el conflicto entre la lógica del mercado y la lógica de la vida y además, el conflicto de intereses entre la participación diferenciada y desigual de hombres y mujeres en los espacios organizados por cada una de estas lógicas. Pero existen otras lógicas que coexisten con el sistema capitalista y se basan en la reciprocidad y la redistribución, como por ejemplo los procesos de la economía solidaria, de la agroecología y de la soberanía alimentaria. Es importante articular los distintos eslabones que sostienen al actual sistema, tanto para revelar su insustentabilidad, como para elaborar propuestas transformadoras.

La perspectiva de la sustentabilidad de la vida posibilitó establecer puntos de encuentro con el ecofeminismo, ampliando el cuestionamiento al actual modelo de (re) producción y consumo, en diálogo con la crítica y resistencia a la expansión de la mercantilización de la vida. Eso significa comprender el papel estratégico de las luchas y

prácticas de las mujeres en la construcción de otro modelo que no esté basado en el crecimiento ilimitado.

Anna Bosch (2010) sintetiza el sentido político de esta perspectiva, al afirmar que “cuestionar el paradigma patriarcal que desvaloriza e instrumentaliza la base material de la vida, negándole valor humano, permite romper el constreñimiento mental y recuperar la libertad de pensar lo impensable. Sigue Bosch: “Recorriendo los caminos que esta libertad nos abre estamos en condiciones de detectar experiencias materiales que, formando parte de la vida cotidiana, tienen capacidad transformadora”.

Las luchas por soberanía alimentaria, las prácticas de resistencia de la agroecología históricamente conducidas por mujeres, la politización feminista de la relación con el cuerpo como construcción de la autonomía de las mujeres, y la centralidad del cuidado con la vida y la naturaleza producen convergencias políticas capaces de construir otro paradigma de sustentabilidad de la vida, basado en la igualdad.

Referencias bibliográficas

BOSCH, Anna. *Mujeres que alimentan la vida*. Selección de textos (1996-2008). Barcelona Icaria, Barcelona, 2010

CARRASCO, Cristina. “Sustentabilidade da vida humana: um assunto de mulheres?”. En: FARIA, Nalu e NOBRE, Miriam (orgs.). *A produção do viver: ensaios de economia feminista*. São Paulo: SOF, 2003.

CARRASCO, Cristina; TELLO, Enric. “Apuntes para una vida sostenible”. En MATEO, Maria Freixanet. *Sostenibilitats. Polítiques públiques des del feminisme i l'ecologisme*. Barcelona: ICPS, 2011.

ELSON, Diane. "People, development and international financial institutions: an interpretation of the Bretton Woods system". *Review of African Political Economy*, vol. 21, n. 62, 1994.

ELSON, Diane; CAGATAY, Nilufer. "The social content of macroeconomic policies". *World Development*, v. 28, n. 7, p. 1347-1364, 2000.

ESQUIVEL, Valeria. *La Economía del Cuidado en América Latina: poniendo a los cuidados en el centro de la agenda*. El Salvador: PNUD, 2011.

HIRATA, Helena; GUIMARÃES, Nadya. *Cuidado e cuidadoras. As várias faces do trabalho do care*. São Paulo: Atlas, 2012.

KITAY, Eva. *Love's labor. Essays on Women, Equality and Dependency*. Londres: Routledge, 1999.

MORENO, Renata. *Além do que se vê. Uma leitura das contribuições do feminismo para a economia*. Dissertação de Mestrado. UFABC, 2013.

NOBRE, Miriam. "Introdução à economia feminista". FARIA, Nalu; NOBRE, Miriam. *Economia Feminista*. São Paulo: SOF, 2002.

PÉREZ, Amaia Orozco. *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Madrid: Consejo Económico y Social, 2006.

PÉREZ, Amaia Orozco. *Cadenas globales de cuidado*. Santo Domingo: INSTRAW, 2007.

PICCHIO, Antonella. "Visibilidad analítica y política del trabajo de reproducción social. En: CARRASCO, Cristina (Org.) *Mujeres y economía: Nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*. Barcelona: Icaria, 1999.

PUJOL, Michele. *Feminism and anti-feminism in early economic thought*. Vermont: Edward Elgar, 1992.

LA PERSPECTIVA FEMINISTA SOBRE LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

Miriam Nobre

El principio de la soberanía alimentaria según lo propuso la Vía Campesina, se refiere al derecho de los pueblos, países o conjunto de Estados a definir sus políticas agrícolas y alimentarias y de proteger su producción y culturas alimentarias. Forjado en las luchas en contra de los acuerdos de libre comercio y la inclusión de la agricultura en estos, se amplió hasta convertirse en principio articulador de muchos frentes, como las luchas por el acceso a la tierra, el agua, las semillas, por condiciones para la producción, y como afirmación de formas campesinas de organizar la producción y la vida. La lucha por soberanía alimentaria abarca desde la resistencia de las comunidades en sus territorios, lo cual incluye la producción agroecológica, a los cambios en las prácticas de consumo, sobre todo en el mundo urbano. Estos procesos de lucha no solamente fueron constituyendo a campesinas y campesinos como sujetos políticos, sino que además fueron organizando un análisis de las contradicciones del momento actual, así como también una agenda de transformación. Como feministas nos insertamos en este proceso, en primer lugar por la participación en nuestro movimiento de mujeres rurales que luchan por su autonomía económica,

y luego por entender las similitudes entre los procesos de industrialización de la agricultura y de la naturaleza en el marco de la denominada revolución verde, y el control e intervención sobre el cuerpo de las mujeres. En el marco de las acciones en contra de los acuerdos de libre comercio destacamos cómo la división internacional del trabajo se articula con la división sexual del trabajo, movilizándolo en condiciones de explotación extrema para las mujeres en la agricultura y en la manufactura para exportación. A partir de las movilizaciones que organizamos y los espacios de debate y formación, fuimos construyendo una perspectiva feminista en distintas dimensiones de la lucha por la soberanía alimentaria.

Trayectoria de SOF en el tema

La SOF tiene una larga trayectoria de construcción del feminismo junto a las mujeres trabajadoras, desarrollando análisis sobre distintos campos de la organización económica y social y prácticas de construcción de movimiento. En el área de producción de alimentos, un primer mojón fue el taller de género y agricultura familiar realizado en 1996.

En ese momento la categoría agricultura familiar aparecía organizando demandas de políticas públicas para trabajadoras y trabajadores del campo, como el Programa Nacional de Apoyo a la Agricultura Familiar (PRONAF). Posteriormente esta categoría fue criticada por mezclar distintas identidades (productores comunitarios, pobladores ribereños, quilombolas, entre otras), en una sola identidad y forma de organización del trabajo en común, más bien característica del sur del país. De todos modos, esta categoría que fue formalizada mediante una ley en 2006, permitió que se visibilizara la contribución económica (y más adelante, ambiental) de quienes antes eran considerados “pequeños” productores.

Durante el mismo período se diseminaba la categoría de género en el análisis de las relaciones sociales entre mujeres y hombres, en la construcción social de identidades femeninas y masculinas, separadas y jerarquizadas. El término género fue adoptado por organizaciones mixtas, ONG y movimientos sociales que, presionados por sus activistas mujeres, e incluso por agencias de cooperación internacional, se dispusieron a darle algún tipo de tratamiento al tema.

El objetivo del taller fue el de reunir mujeres y hombres de movimientos sociales del campo y ONG, algunos de los cuales tenían una apropiación mayor de la categoría de agricultura familiar, y otras más apropiadas del trabajo con mujeres, con la finalidad de elaborar una lectura común. Yendo más allá de tesis académicas, sobre todo provenientes de la antropología, y de los discursos de dirigentes, en el taller se destacó que era posible al mismo tiempo dismantelar estructuras desiguales al interior de las familias y comunidades, y fortalecer la agricultura familiar y las comunidades del campo. Lo que años después resultó evidente, en esa época parecía un contrasentido. Por esto, se decidió “probar” esta premisa en los talleres realizados con mujeres rurales en sus comunidades. Elegimos dos comunidades con fuerte impronta sindical, (y por lo tanto impregnadas del debate sobre agricultura familiar), y dos de organizaciones de mujeres trabajadoras rurales de distintos estados del país (Santa Catarina, Minas Gerais, Pernambuco y Maranhão). Técnicas de la organización FASE de Mato Grosso, realizaron el mismo taller en una comunidad en la que trabajaban, y así sumamos cinco talleres en cinco regiones del país. Durante las mañanas se discutían las relaciones de género, y por la tarde, agricultura familiar desde una perspectiva de género. Los compañeros se encargaban de la alimentación y de las niñas y niños. La síntesis de todo este proceso se hizo en un seminario, quedando plasmado luego en una publicación.¹

1. Menasche, Renata; Nobre, Miriam, Siliprandi, Emma e Quintela, Sandra: Género e Agricultura Familiar, SOF, São Paulo, 1998.

La publicación y su proceso tuvieron bastante impacto en ONG y agencias de cooperación enfrentadas a la obligación de incluir género en su trabajo, y que habían tenido una serie de intentos frustrados. En muchos casos, estos intentos se reducían a una inclusión burocrática de indicadores en planillas de planificación estratégica, y enfrentaban reacciones a cualquier mención a las mujeres que cuestionara el ideal de familia. Hablar explícitamente de la destrucción de la familia patriarcal, escuchar y aplicar el conocimiento y las propuestas de las agricultoras sobre el manejo de la unidad de producción, abordar las relaciones desiguales de género en las mismas organizaciones (y no solo con los que eran considerados su público objetivo), fueron innovaciones en ese período, que permitieron abrir muchas posibilidades.

Entre 1998 y 2004, la SOF brindó asesoría al Grupo de Trabajo (GT) en género de la Red del Programa de Tecnologías Alternativas (PTA) de la región sureste, y luego pasó a integrar el GT de género de la Articulación Nacional de Agroecología (ANA), cuando éste se constituyó. Un momento intenso en este período se vivió durante 2001, cuando profesionales de ONG y agricultoras de la directiva de las mismas se percataron de la lentitud en los procesos causada por la resistencia de los hombres. Esto las llevó a decidir organizar un seminario de formación solamente para mujeres, reuniendo equipos técnicos, administrativas y agricultoras. La propia realización del seminario fue una victoria frente a los argumentos de que era un retroceso volver a construir espacios propios de las mujeres, después del advenimiento de la categoría de género. Este grupo de mujeres se percató de la necesidad de autoorganizarse y de realizar alianzas entre mujeres que se encontraban en distintas posiciones, algunas veces contrapuestas. Estas contradicciones muchas veces, por cierto, fueron manipuladas para generar divisiones entre ellas.

El GT de género de la ANA sigue con su trabajo nacional de autoorganización de las mujeres y de desarrollo de un

análisis y prácticas feministas de la agroecología. En paralelo a este trabajo, está el fortalecimiento del protagonismo de los movimientos de agricultoras (MMTRE-NE, MIQCB, MMC), así como de agricultoras integrantes de movimientos mixtos (CONTAG, MST, MAB, MPA). La SOF desarrolló actividades de formación con mujeres (en algunos casos con grupos mixtos) de la mayoría de estos movimientos. Además, convive con los mismos, como parte del movimiento feminista, en la construcción de la Marcha das Margaridas (participando en la construcción de agenda, movilizaciones, etc.), y en las acciones de la Marcha Mundial de las Mujeres. El Foro de Soberanía Alimentaria Nyeleni, realizado en 2007 en Mali, representó un momento de síntesis y ampliación de nuestro análisis y nuestra influencia. Este espacio tuvo un fuerte protagonismo de las mujeres, que actuaron en todos los ejes temáticos y expresaron mediante una declaración propia, el rechazo a “las instituciones capitalistas y patriarcales que conciben los alimentos, el agua, la tierra, el saber de los pueblos y el cuerpo de las mujeres como simples mercancías.”²

Pasar de la concepción de “género y agricultura familiar” a la de “feminismo y soberanía alimentaria”, insumió 17 años de construcción de análisis, de propuestas y de un sujeto político fuerte. Esto se pudo apreciar en una serie de políticas públicas, pero también en cambios en los movimientos y en la vida de muchas mujeres. Luego de este proceso recuperamos algunos elementos de análisis claves de esta trayectoria. Estos análisis permiten orientar una estrategia de desnaturalización de las desigualdades de género; demostrar cómo se utiliza el trabajo de las mujeres como recurso inagotable, y como variable de ajuste a las tensiones del sistema; reconocer la sabiduría y el conocimiento de las mujeres y posibilitar que puedan ir más allá; construir respuestas colectivas de autoorganización y alianza.

2. Declaración de las mujeres por Soberanía Alimentaria Nyeleni 2007 <http://www.nyeleni.org/spip.php?article305>

Aportes desde el feminismo

El feminismo es un movimiento político y una corriente teórica que cuestiona las bases de la opresión de las mujeres, de la desigualdad entre mujeres y hombres. Denuncia que el cuerpo, el trabajo y los deseos de las mujeres sólo son considerados en función del otro: los hombres.

En la mayoría de sus vertientes, el feminismo discute el funcionamiento de nuestras sociedades ancladas en la desigualdad, la explotación y opresión, así como el pensamiento moderno, que muchas veces se limita a justificar el status quo. Para ello, echa mano de mecanismos tales como la naturalización de procesos históricos, estructuras dicotómicas con la forma de pensamiento dualista. No consideran y no producen las herramientas necesarias para comprender las dinámicas en las que están insertas las mujeres y que integran las diversas actividades que participan en la reproducción social y el sostenimiento de la vida humana.

Para afrontar esto, el feminismo ha buscado nuevas maneras de construir análisis, que parten del cotidiano y de las prácticas de transformación, inmersas en la experiencia de ser mujer en un mundo de hombres.

La economía feminista se constituyó en este esfuerzo colectivo como una crítica al pensamiento económico tradicional. La economía capitalista y patriarcal se organiza a partir de la separación entre la producción y la reproducción. Los nexos entre ambos, que existen en la realidad, son cuidadosamente olvidados, invisibilizados por la teoría económica dominante. El mercado y la producción mercantil están en el centro de toda la actividad socioeconómica.

La reproducción es una tarea de las mujeres. Es naturalizada por ser asociada a la gestación, por la identidad de las mujeres construida de forma asociada al cuidado

de otro o, como manifestación concreta del amor que la mujer siente por los suyos. Los costos de la reproducción son siempre una manera de ajuste en la relación capital-trabajo. En tiempos de hegemonía neoliberal, oscilamos entre la negación de la reproducción – como la parte de la vida que no merece ser vivida – y su aceptación, siempre y cuando sea absorbida a costa de la intensificación y/o extensión del tiempo que dedican al trabajo las mujeres.

La economía feminista amplía la noción de trabajo, para incluir el trabajo de reproducción biológica y social, o sea el trabajo doméstico, comunitario y de cuidados. Hay que inventar nombres para referirse a ese conjunto de actividades, y a la disponibilidad permanente de las mujeres, que están en la base de nuestras sociedades. Cristina Carrasco y otras hablan de sostenimiento de la vida humana “entendida como relación dinámica y armónica entre humanidad y naturaleza y entre humanas y humanos”³. Es importante destacar que el término “sostenimiento de la vida humana” fue propuesto por la economía feminista en diálogo con el ecofeminismo.

Tener como paradigma el sostenimiento de la vida humana nos permite evidenciar la manera insostenible de organización de nuestra sociedad. Hay en el feminismo una vertiente radicalmente crítica al modelo de desarrollo hegemónico. Éste tiene como referencia las sociedades industriales del norte, que sólo existen en función de las relaciones de explotación del sur (colonialismo), y de un pensamiento esquizofrénico, “esa obcecada esperanza del Norte, la convicción incluso, de que podrá tenerlo todo sin renunciar a nada,... más comida rápida y alimentos elaborados, más alimentos exóticos importados y a la vez también podrá gozar de buena salud y conseguirá resolver el problema de los residuos”⁴

Mientras tanto, el desarrollo de las fuerzas productivas habita el imaginario de buena parte de la izquierda. El

3. Ana Bosch, Cristina Carrasco y Elena Grau: Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo. In Enric Tello (org.): La historia cuenta. El Viejo Topo, Barcelona, 2005.

4. Maria Mies: El mito de la recuperación del retraso en el desarrollo. In Maria Mies y Vandana Shiva: Ecofeminismo. Icaria, Antrazyt, Barcelona, 1997.

5. Shulamith Firestone: A dialética do sexo. Um estudo da revolução feminista. Ed. Labor do Brasil, Rio de Janeiro, 1976.

6. Carta de las mujeres para la Humanidad, Marcha Mundial de las Mujeres, 2004.

aumento de la productividad del trabajo por la tecnología – maquinaria y gestión diseñadas en el capitalismo – sería previo a las demandas de su repartición en la forma de salarios o políticas de bienestar. Se olvidan que las tecnologías, formas de gestión e incluso nuevas mercancías, son concebidas en el capitalismo con objetivos de control, obsolescencia y acumulación.

El feminismo también fue influenciado por la creencia en las tecnologías. El libro “La Dialéctica del Sexo” de Shulamith Firestone publicado en los años 1970 en Estados Unidos fue muy influyente en el pensamiento feminista radical y político. Ella proponía que la tecnología podría liberar a las mujeres de las ataduras biológicas (embarazo, parto, amamantar), a las que las confina el patriarcado. “Lo que hace falta es un programa ecológico revolucionario que intente establecer un equilibrio artificial (generado por el hombre), en lugar del equilibrio “natural”, realizando así la meta original de la ciencia empírica: el total dominio de la naturaleza. (...) Así como la energía atómica, el control de la fertilidad, la reproducción artificial y la cibernización son, en sí mismos, libertadoras, salvo que sean utilizadas de manera impropia.”⁵

Aún hoy la bioética y las tecnologías de reproducción asistida son temas controvertidos en el movimiento feminista. En la MMM por lo menos, hay acuerdo en contra de la propiedad sobre el ser vivo y la clonación humana.⁶

El debate sobre desarrollo también se expresó en el feminismo en términos de cómo incorporar en él a las mujeres. Los estudios de caso y las respectivas políticas aplicadas se referían a las mujeres pobres, en su mayoría del medio rural. Este camino se amplió con la utilización de la categoría género – las dimensiones de género en el desarrollo – evaluando impactos diferenciados en mujeres y hombres o preguntando si los modelos de desarrollo eran capaces de generar una mayor igualdad.

Fue realizado todo un esfuerzo de análisis, modelos operativos y capacitación de expertas en género y desarrollo. En los años 2000, empiezan a ser más frecuentes estudios críticos sobre las acciones promotoras de las mujeres en el desarrollo, como el microcrédito o el comercio justo.⁷ Hoy muchas de las autoras de la política del “mainstream” de género hacen un balance crítico del período por su acento exclusivo en las herramientas y la “expertise”. Objetan la descontextualización, la despolitización y llaman la atención sobre las correlaciones de fuerzas y la importancia de movimientos feministas que actúen para provocar cambios.⁸

El “mainstream” de género es la expresión conceptual de la estrategia de cambio por vías normativas, con acciones de lobby en los gobiernos y legislativos nacionales, y en la estructura de Naciones Unidas.

La crítica al paradigma de desarrollo adquirió una nueva dimensión con estos movimientos, y su ataque a la sociedad de mercado. En la MMM está presente un discurso de crítica a la mercantilización de la relación entre las personas, de las personas con su cuerpo, y de ellas con la naturaleza. Además de la denuncia del tráfico y del turismo sexual, de la imposición de un patrón de belleza comprado mediante cirugías plásticas, facetas estas que son más evidentes en el cuerpo de las mujeres en venta, se cuestiona la medicalización de procesos naturales como la menstruación o la menopausia, y de sentimientos y comportamientos como la tristeza o la introspección. La reflexión sobre la relación con la naturaleza es más reciente, pero en ella ya se expresa la crítica a la privatización de las semillas mediante leyes restrictivas o la tecnología de los Organismos Genéticamente Modificados (OGM), y el mercado de carbono que convierte la contaminación en un factor de producción que se negocia en el mercado financiero.

7. Jeanne Bisilliat (org.): *Regards des Femmes sur la Globalisation. Approches critiques*. Paris, Ed. Karthala, 2003.

8. Andréa Cornwall, Elizabeth Harrison, Ann Whitehead (ed.): *Feminisms in Development. Contradictions, contestations and challenges*. London, Zed Books, 2007.

La resistencia de las comunidades en sus territorios y la agroecología

Las mujeres están fuertemente involucradas en las luchas en defensa de los territorios frente a la amenaza de desalojo, que causa el acaparamiento de tierras de grandes empresas y latifundistas, o por la contaminación ambiental. La presión por tierras pone a comunidades campesinas, o campesinas y pastoras en conflicto entre sí, y puede también agudizar el conflicto a la interna de las comunidades y familias, al expulsar a las mujeres de la tierra y negarles su condición de agricultora.

En general las mujeres campesinas son las encargadas de la producción de hortalizas y frutas en una huerta alrededor de la casa, y de la cría de pequeños animales para el autoconsumo, así como también de la venta del excedente en mercados locales. Utilizan insumos de la propia unidad de producción, y manejan prácticas agroecológicas, aunque no las denominen así. La experiencia de SOF y de organizaciones compañeras en la Articulación Nacional de Agricultura (ANA), en particular en su GT de Género, y en la Red Economía y Feminismo (REF) junto a las agricultoras ha tenido que ver en primer lugar con reconocer las prácticas que ellas realizan. Las mujeres cumplen un papel importante en la domesticación de especies, en el mantenimiento de la biodiversidad, en la selección de variedades basada en criterios de uso y conservación. Muchas de ellas son las responsables por guardar e intercambiar semillas.

Analizar las tareas que las mujeres realizan históricamente, nos obligó a ampliar lo que son las prácticas consideradas agroecológicas, e incorporar por ejemplo la recolección de frutos y los diversos usos que ellas hacen de los bosques, así como la elaboración de artesanías con materias primas locales; también nos llevó a valorar la producción de plantas medicinales, y a repensar estrategias, como in-

corporar la conservación que se realiza en ámbito familiar como función fundamental para asegurar la disponibilidad de semillas agroecológicas. Rescatar estas experiencias nos permitió también visibilizar cómo se utiliza el tiempo de las mujeres, teniendo en cuenta la dificultad de separar el tiempo dedicado al cuidado de la casa y de la familia, del que es destinado al cuidado de la huerta o la cría de animales. Lo que se puede apreciar es un continuo, una intensificación en determinados momentos del año o del ciclo de vida familiar, y una sobrecarga permanente. El tiempo de las mujeres es tomado como inagotable y como variable de ajuste; es apropiado de forma similar a la naturaleza, vista como recurso.

La tensión en la organización del tiempo queda explicitada en la trayectoria del Grupo Decididas a Vencer, de Río Grande do Norte. En 1999, el grupo comenzó la producción colectiva de hortalizas orgánicas, manteniendo ese trabajo durante 14 años. Debido a la dificultad para acceder al agua para la producción, tuvieron que pasar a producir individualmente en sus huertas caseras, y comercializar de forma colectiva. La evaluación de una de sus dirigentes, es que esto fue un retroceso que implicó reducir la producción y trajo además consecuencias para la vida de las mujeres.

“La vuelta a casa fue un retroceso muy grande. Retroceso en el sentido de que el trabajo doméstico tiene que estar primero que el trabajo en el emprendimiento. Es como si las mujeres tuviéramos que volver a priorizar hoy, el trabajo doméstico. Hoy, las mujeres no tienen más la autonomía de salir a las 06:00 de la casa, volver y que lo que esté hecho, está hecho. Algunas habían logrado esta evolución de no tener doble o triple jornada de trabajo, de llegar y que el almuerzo estuviera pronto, que el hijo haya barrido la casa, y la hija lavado la loza. La autonomía que habían logrado de salir fuera de su casa... eso sufrió un retroceso al tener que volver a casa. No se tiene la libertad de producir

en la huerta como producíamos, de dedicar la mañana para trabajar en la huerta, de regar. Es como si el trabajo doméstico fuera la prioridad hoy en la vida”
(Decididas a Vencer)

La organización de las mujeres en colectivos permite evidenciar el continuo entre producción y reproducción, que no debe ocultar la contradicción entre estas esferas, así como entre los intereses y proyectos individuales de cada miembro de la familia. Desde el primer taller que SOF coordinó en 1996 sobre género y agricultura familiar, el principal punto emergido fue el cuestionamiento a la idealización de una familia sin conflictos, representada públicamente por el padre y/o marido. El discurso, según el cual considerar las mujeres como individuos autónomos atenta contra la solidaridad familiar, y sería incluso contradictorio con la agricultura familiar, todavía no fue del todo superado. Sin embargo, lo que se puede apreciar es que las mujeres son bastante responsables con el grupo familiar, y están siempre buscando soluciones de compromiso entre sus deseos y la familia, siendo que el mismo desprendimiento y generosidad no se les exige a los hombres.

En un primer momento, el objetivo fue visibilizar los conocimientos y la contribución económica que las mujeres realizan, sobre todo en la huerta agroecológica, realizada a costa de un sobre trabajo y de una tensión permanente en las relaciones de género, al interior de cada familia y en la sociedad. Nuestra primera síntesis fue que, en la relación entre agroecología y género, es necesario operar con dos lógicas diferenciadas: la “naturalización” y la “desnaturalización”. Si en la agroecología estimulamos la “naturalización” de las prácticas agrícolas, a través de la aplicación de los principios ecológicos a la agricultura, en el campo de las relaciones sociales de género, lo que se busca es la “desnaturalización” de atribuciones asigna-

das a lo femenino y a lo masculino. Por lo tanto, si en la agroecología relacionamos lo natural a lo sano y lo correcto, en las relaciones de género no se puede considerar las relaciones tradicionales como naturales o positivas.

Describir, valorar lo que las mujeres agricultoras hacen históricamente las fortalece para el enfrentamiento de lo que se opone a ellas: multinacionales que presionan para expandir monocultivos; maridos o padres que adoptan el modelo tecnológico de la revolución verde y presionan para incorporar toda el área de la unidad de producción en esta lógica, o hacen inviables prácticas agroecológicas por la contaminación de agrotóxicos y semillas transgénicas; reglas tradicionales que excluyen de hecho, que las mujeres hereden la tierra o que decidan sobre la gestión de la misma. Al mismo tiempo, no nos podemos limitar a ponderar únicamente lo que ya existe, como dijo una agricultora del GT de género de la ANA: es necesario permitir que las mujeres salgan de las huertas. En términos de participación en movimientos mixtos (campesinos o agroecológicos), esta constatación se refleja en una estrategia doble: mujeres autoorganizadas en espacios propios (GT de género, comisión de mujeres, etc.), y operacionalización de la transversalidad en el conjunto de los temas de la organización. La transversalidad implica que el conjunto del movimiento asuma temas o demandas considerados específicos de las mujeres, como el enfrentamiento de la violencia contra las mujeres, asumido como campaña por la Vía Campesina, eje de lucha en común de la Asamblea de los Movimientos Sociales, problema común en la ANA. Además, desarrolla continuamente una perspectiva feminista para cada tema específico, como por ejemplo, la constatación de que los agrotóxicos tienen efectos distintos y acumulativos en el cuerpo de las mujeres, de que la asistencia técnica se relaciona con un hombre como si estuviera relacionándose con toda la familia, entre otros.

Esta doble estrategia fue organizada en el I Encuentro Nacional de Agroecología en 2002. El II Encuentro en 2006 fue precedido de un encuentro de mujeres que permitió rescatar sus experiencias, y en donde se debatió la agenda del Encuentro. A partir de ese momento y hasta ahora, el GT de género se mantuvo articulado de forma permanente, incidiendo en mayor o menor medida en todos los GT de la ANA. Las mujeres campesinas mantuvieron protagonismo en movilizaciones. En 2011, la Marcha das Margaridas organizada por las mujeres sindicalistas de la CONTAG (Confederación Nacional de los Trabajadores de la Agricultura), y otras organizaciones de mujeres, presentó una demanda de política nacional de agroecología, cuya respuesta institucional fue el Plan Nacional de Agroecología y Producción Orgánica, lanzado por la presidenta Dilma Roussef en octubre de 2013.

Nos encontramos, por lo tanto, en momentos en que se da una nueva síntesis de la estrategia adoptada que combina una opción por el feminismo y una opción por la agroecología.

Una opción por el feminismo. Reconocemos que existen relaciones desiguales y de opresión contra las mujeres en las sociedades rurales y urbanas, que se manifiestan en la invisibilidad del trabajo de las mujeres, en los impedimentos a su participación pública, en la violencia sexista. Estas relaciones se fundan en una correlación de fuerzas desiguales entre los géneros. Revertirla presupone construir la fuerza de las mujeres en un proceso simultáneo de autonomía personal y acción colectiva en movimiento.

Nos favorecen las alianzas que hemos construido con las agricultoras, ya sea en el movimiento autónomo (MMC- Movimiento de Mujeres Campesinas), o en los movimientos mixtos (CONTAG y MST -Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra). Ellas asumen cada vez más el feminismo, ampliando el debate en el conjunto de sus movimientos.

Una opción por la agroecología. Entendemos que estas prácticas son las que mejor equilibran la reproducción campesina y la reproducción de la naturaleza. También son las que tienen mejores bases para construir la igualdad de género, puesto que combinan diferentes usos del espacio, del tiempo, actividades productivas y reproductivas, y en principio, sin jerarquías, pues valoran la combinación entre las mismas y no cada una individualmente.

Cambios en las prácticas de consumo

Las reflexiones y la construcción de la agenda feminista para concretizar la soberanía alimentaria en el mundo urbano, tienen como referencia nuestra actuación conjunta en el ámbito de la REF/REMTE y en el de la Marcha Mundial de las Mujeres, con grupos que cocinan en forma colectiva, y en la ofensiva en contra de la mercantilización del cuerpo y de la vida de las mujeres.

Aquí se replantea la noción misma de consumo. El consumo en la economía clásica se restringe a la adquisición de bienes y servicios en el marco del mercado. Pensar el consumo de forma amplia nos hace ver el conjunto de actividades y bienes que nos permiten vivir bien, esto representa una parte de lo que implica organizar una vida que vale la pena ser vivida. Esto incluye aspectos de autoconsumo y de consumo organizado de manera comunitaria: grupos de consumidores, comedores populares, alimentación escolar, entre otros.

Existen innúmeras experiencias colectivas de mujeres en relación con la preparación y la distribución de alimentos. La mayoría de estas experiencias es intermitente, asociada a momentos de crisis. Pese a no estar relatado, muchas huelgas de trabajadores se sostuvieron gracias al trabajo de las mujeres en los fondos de huelga y cocinas colectivas. En la historia del movimiento obrero se describe una historia

9. Louise Tilly y Joan Scout: *Women, work and family*. New York, London, Routledge, 1989. Thompson, Edward P (1991) *The Moral Economy of the English Crowd*, in Thompson, E.P.: *Customs in Common*. New York, The New Press.

10. Sandra Altea: *Las mujeres organizadas en Comedores Populares y su defensa de la Soberanía Alimentaria*. Perú, mimeo, 2007.

paralela de mujeres en cooperativas de consumo, y rebeliones contra el alza en los precios de los alimentos.⁹

Son mujeres en situaciones límite que buscan resolver la reproducción de manera colectiva. En su mayoría no son consideradas como movimientos políticos. Parte de las feministas las consideran presas de su rol de madre, reproductora. Los hombres las ven apenas como símbolo de la impotencia masculina, de la sobreexplotación de la clase obrera, que no les permite ni siquiera dar sostén a su familia.

Una de las excepciones son las mujeres organizadas en los Comedores Populares en Perú. Son excepción, por su duración: existen desde los años 70; por su extensión: se estiman en 7000 comedores populares que organizan de 20 a 25 mujeres cada uno, atendiendo a un promedio de 100 familias por día¹⁰; y por su capacidad de movilización y negociación con el Estado, que sin embargo, responde por tan sólo un 19% del costo de cada comida, siendo el restante asegurado por las mujeres a través de la venta y diversas actividades de recaudación de fondos.

Esta experiencia releva muchos aprendizajes y retos: la profesionalización de las mujeres, los sistemas comunitarios de apoyo a los más frágiles, la compra directa de las campesinas, pero también la sobreexplotación de su trabajo, la ausencia de políticas alimentarias y distributivas desde el Estado.

Ampliar estas experiencias, concebirlas en el contexto de un abordaje feminista de la soberanía alimentaria, nos abre nuevas perspectivas. Su articulación con otros movimientos, así como por ejemplo su pertenencia a la MMM, habla de un cuestionamiento del orden económico neoliberal. Las mujeres del movimiento “vaso de leche” de Perú, considerado asistencialista por muchos, se movilizaron e hicieron manifestaciones en contra de la firma del tratado bilateral de comercio entre Perú y Estados Unidos. El tratado estipula que empresas nacionales y extranjeras tengan

igual tratamiento, lo cual impediría que se tome la decisión política de comprar a productores locales. Ellas también se movilizaron en contra de la transnacional Nestlé y su negociación con el gobierno para distribuir su leche en polvo, defendiendo en cambio la compra a empresas nacionales que procesan leche de pequeños productores.

La ofensiva contra la mercantilización

Como parte de su actuación en la Marcha Mundial de las Mujeres, la SOF ha sido bastante activa en la lucha en contra de los tratados de libre comercio, y a favor de otras formas de integración entre los pueblos. Un incremento en este sentido, se dio al inicio de los años 2000 con la ofensiva contra la mercantilización del cuerpo y de la vida de las mujeres. En el campo de la alimentación nos sumamos a la lucha contra la liberación del cultivo y comercialización de transgénicos en Brasil. En 2003, realizamos acciones en los supermercados etiquetando los alimentos transgénicos, ocupando cadenas de *fast food*, entre otras acciones para llamar la atención sobre nuestra alienación frente a lo que comemos.

La industria procesadora de alimentos y las grandes cadenas de supermercados estandarizan la alimentación, y concentran buena parte de la riqueza creada en el sector. La falta de tiempo, la sobrecarga de trabajo, las exigencias de la sociedad con el cuerpo (activo para trabajar, y dentro del estándar para ser apreciado), restringen el qué y el cómo se come. Además, los médicos cuentan con un enorme poder para afirmar lo que hace bien y lo que hace mal a la salud.

La mayoría de las personas casi nunca reflexiona sobre lo que come o, si reflexiona, no ve muchas alternativas para actuar de manera diferente. La resistencia y la alternativa a esta estandarización están en la diversificación alimenticia y otras formas de relación producción/consumo, donde los productores y las productoras tengan

su trabajo valorizado, y las consumidoras y consumidores tengan salarios dignos para consumir los alimentos de su elección. También es importante rescatar el sentido cultural de las formas de alimentación.

En la alimentación también se expresa la polarización de la sociedad. Para los pobres, tratados como máquinas que deben reponer necesidades biológicas calculadas, se producen alimentos industrializados y en masa. Los ricos son quienes acceden a alimentos cargados de experiencia y de cultura, como productos de origen controlado, productos orgánicos, etc. En 2012 retomando el debate y las acciones, la SOF propuso la realización de talleres y charlas con activistas de la MMM, del movimiento por vivienda y el movimiento sindical, en torno a tres temas: a) relación alimentación/trabajo/tiempo, b) calidad de la alimentación, y c) acceso a la alimentación.

La construcción de la conciencia en torno a cómo nos alimentamos comenzó con la recuperación de la historia de los cambios en su alimentación, realizada por las propias mujeres. Las mujeres mayores, de cerca de 70 años, que migraron del campo a la ciudad tenían en su memoria la comida abundante (“solamente era escasa cuando faltaba lluvia”), sabrosa, variada y que saciaba. También era una época de trabajo duro en la producción y preparo de las comidas. No era fácil ir a buscar leña al bosque, algunas veces lejano, debido a que las plantaciones avanzaban destruyendo los bosques. La falta de energía eléctrica y por lo tanto de refrigeración, forzaba a que los alimentos se prepararan diariamente. Además, era necesario ir buscar agua en las nacientes de los ríos, o en su defecto sacarla de pozos.

Mujeres en la franja etaria de los 50, relataron que aún en las ciudades habían jardines con tierras en donde era posible hacer una pequeña huerta, cultivar hierbas medicinales y condimentos. El intercambio entre las familias era común, se comía lo que crecía en el bosque (cerraja, malanga, pe-

queñas frutas y brotes), y el arroz y frijol no faltaban. Ellas resumen el contexto con la expresión: “la vida era más horizontal”. Esto hace referencia tanto a la relación entre las personas a través de los intercambios, como al hecho de que la mayoría de las personas vivía en casas con jardín, y no en edificios, símbolos de la ciudades verticalizadas. Las mujeres en la franja etaria de los 30, recuerdan una alimentación muy restringida. La base del alimento principal estaba constituida por: arroz, frijoles y huevos, y en los fines de semana, gallina, lechuga y tomate.

El momento actual está caracterizado por el supermercado, el alimento industrializado, las comidas que dejan de ser un momento de convivencia y son, muchas veces, hechas fuera de casa o frente al televisor. El debate en torno a la alimentación, sobre todo en las ciudades, se da en un ambiente de angustia y de culpa. Hay una percepción de que los alimentos industrializados y las frutas y legumbres producidas de forma convencional con utilización de agrotóxicos, hacen mal a la salud y al medio ambiente, y de que además, en general, no son sabrosos. La solución es aparentemente fácil e individual: basta con que cada familia, en particular la madre, cambie los hábitos de consumo.

Una constante en este proceso histórico de tantos cambios es la responsabilización de las mujeres por la preparación cotidiana de las comidas. Existe un involucramiento mayor de los hombres en el período reciente, pero todavía de manera puntual y visto como ocio, y no como obligación. La compra de alimentos, el preparo de la comida y la posterior limpieza de la cocina, significan horas diarias de trabajo. Éstas hacen parte de las horas utilizadas en quehaceres domésticos, contabilizadas por la Investigación Nacional de Muestro Domiciliario (PNAD, por sus siglas en portugués). Según la PNAD 2009, las mujeres dedicaron en promedio 22 horas semanales en tareas domésticas, mientras que los hombres dedicaron 9,5 horas (Moreno y Viudes, 2012).

Para romper con las falsas soluciones individualistas que culpabilizan a las mujeres es necesario enfrentar la falta de tiempo, de espacio y de acceso a productos agroecológicos, y otras formas de alimentación. Las soluciones pasan por democratizar el sistema alimentario, desmantelando el monopolio de las corporaciones de la agroalimentación, promoviendo a la vez sistemas agroecológicos, localizados y socialmente justos. La alianza entre movimientos del campo y de la ciudad contribuye en este sentido, y se concretiza en experiencias de compra directa local, debates y formación política sobre una perspectiva más amplia en la agenda de lucha de cada movimiento.

Desafíos y próximos pasos

Al comparar el momento actual con el trabajo sistemático inicial de SOF, percibimos una serie de avances, pero también de persistencias y, en algunos casos, riesgo de retrocesos. Los avances se encuentran sobre todo en el campo político, tienen que ver con el reconocimiento al interior de los movimientos y con la relación con el Estado de las mujeres rurales organizadas como sujetos a ser tenidas en cuenta. Dentro del campo económico también se pudieron apreciar avances, como por ejemplo, en el acceso de las mujeres a políticas como el Programa de Adquisición de Alimentos, a los créditos del Programa de Fortalecimiento de la Agricultura Familiar (PRONAF), a la titulación de parcelas de tierra a través de proyectos de asentamiento, y a la Asistencia Técnica y Extensión Rural (ATER). Las agricultoras, técnicas y activistas de los movimientos hacen un seguimiento de la ejecución de estas políticas en sus comunidades y utilizan todos los canales disponibles (e incluso otros inventados por ellas mismas) para expresar su descontento, sus denuncias y propuestas de alternativas.

Sin embargo, aún persisten prácticas discriminatorias hacia las mujeres, así como una división sexual del trabajo en la cual el trabajo de las mujeres es invisibilizado. Según el Censo Agropecuario de 2006, entre el personal ocupado con lazos de parentesco, 64,77% eran hombres, y 35,23% eran mujeres. Aunque la presencia de mujeres en el campo sea ligeramente inferior que la de hombres, esta proporción es un fuerte indicio de subdeclaración del trabajo realizado por mujeres.¹¹

Constituye también un avance, la visibilización de la huerta productiva, objeto de políticas públicas de ATER y de crédito en el marco del Programa Brasil Sin Miseria, algo que esperamos sea contabilizado en el próximo Censo Agropecuario. No obstante, su concepción dentro de una lógica productivista es contraria a la lógica utilizada por las agricultoras que tanto contribuyó a experimentos y prácticas agroecológicas, porque se quitan partes de la técnica de la revolución verde (por ejemplo, el uso de hormonas y agrotóxicos), pero no así la lógica de esta técnica, que utiliza insumos externos para aumentar la productividad. Las agricultoras de la región noreste cuentan que su diferencial es la distribución de gallinas reproductoras supuestamente mejor adaptadas, pero al decir de una agricultora del estado de Paraíba: “son gallinas de granja disfrazadas de gallinas *capoeira*”¹².

El movimiento agroecológico en Brasil hoy se plantea el desafío de masificar sus experiencias. Se trata de un desafío que hace a la propia sobrevivencia, frente a la expansión del agronegocio, la contaminación de semillas criollas con transgénicos, y del agua y el suelo con agrotóxicos. Las políticas públicas apuntan a relacionarse con un número mucho mayor de agricultoras y agricultores que hoy en día están organizados en asociaciones y movimientos. Pero ¿cómo expandir sin burocratizar, ni homogeneizar, teniendo una estructura de Estado que todavía está organizada para defender el status quo y el interés de quiénes poseen tierras,

11. Nobre, Miriam: Censo Agropecuario 2006 – Brasil: uma análise de gênero in Butto, Andrea; Dantas, Isolda; Hora, Karla: As mulheres nas estatísticas agropecuárias: experiências em países do sul.

12. La llamada gallina de *capoeira* es distribuida por los programas sociales en Brasil, debido a que es más resistente, y a que se adapta mejor a las condiciones de esa región, pero también son seleccionadas para responder mejor a insumos externos (ración), y en esto se asemejan a las gallinas de granja (N. del T.).

dinero e influencia? Esto sin mencionar el permanente ataque de criminalización hacia las prácticas tradicionales de las agricultoras familiares, como el intercambio de semillas, la producción de quesos con leche no pasteurizada, entre tantas otras.

Por último, entre los avances, persistencias y nuevos desafíos para las mujeres del campo, está la realidad de la violencia sexista. Hoy, todos los movimientos sociales del campo reconocen la violencia contra las mujeres en su agenda. El Estado desarrolla políticas para las mujeres rurales en este sentido, aunque todavía sean incipientes. Aún así, la violencia contra las mujeres cometida por hombres cercanos (violencia doméstica) persiste, pero también las agresiones y muertes vinculadas al tráfico de mujeres, a la pornografía (divulgaciones de videos en internet con violencia real), y al viejo poder patriarcal de los latifundistas y sus agentes. El conservadurismo con respecto al lugar que deben ocupar las mujeres en la sociedad, y la expansión de organizaciones religiosas, en algunos casos como principal mecanismo de conexión entre la familia y la sociedad, recobra fuerza en algunas zonas.

En el medio urbano, más movimientos perciben la necesidad de tratar en su agenda temas como agrotóxicos, la utilización de residuos sólidos y agricultura urbana. Experiencias de compra directa local, debates y formación política, y una perspectiva más amplia en los ejes de lucha de los movimientos, son caminos que se combinan para que el principio de la Soberanía Alimentaria esté presente en sus agendas y prácticas cotidianas. La convergencia entre movimientos rurales y urbanos puede democratizar el sistema alimentario, desmantelando el monopolio de las corporaciones de la agroalimentación y promoviendo sistemas agroecológicos, localizados y socialmente justos. Esta perspectiva va más allá del enfoque en el consumidor individualizado que tiene su respuesta limitada por las condiciones objetivas de

organización del sistema de producción y distribución de alimentos. Además, la distribución del ingreso, del tiempo y del espacio a partir de la contribución de los movimientos feminista, sindical y de vivienda enriquece la agenda de la soberanía alimentaria.

Para concretizar la soberanía alimentaria desde una perspectiva feminista es necesario combinar varias formas de lucha, y complejizar nuestro análisis de forma permanente para partir de avances, consolidarlos y profundizarlos, desarmando lo que persiste y resistiendo a los nuevos desafíos.

Este libro fue producido en São Paulo, en diciembre de 2013.

El texto fue compuesto en Adobe Garamond Pro,
sobre papel reciclado LD 90g. Tirada: 1 000 ejemplares.

Apoyo:

 **HEINRICH BÖLL STIFTUNG**
CONO SUR